

**DIÓCESIS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

TRANSMITIR HOY LA FE

**CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

CUARESMA-PASCUA 2001

SUMARIO

INTRODUCCIÓN (nn. 1-2)

PRIMERA PARTE

I.- LA TRANSMISIÓN SOCIO-CULTURAL EN CRISIS (nn. 3-4)

- Repercusión en lo religioso (nn. 5-6)

II.- LA CRISIS EN LA TRANSMISIÓN DE LA FE (n. 7)

- En la familia (nn. 8-9)
- Entre los jóvenes (n. 10)
- En la enseñanza (n. 11)
- En la catequesis (nn. 12-14)

III.- ANTE ESTA SITUACIÓN (nn. 15-16)

SEGUNDA PARTE

- Creer y transmitir la fe (n.17)

I.- ¿QUÉ ES CREER EN DIOS?

- Creer no es saber, pero... también (nn. 18-19)
- Creer es buscar (n. 20)
- Creer es encontrar, o mejor «encontrarse» (nn. 21-22)
- Creer es confiar (incluso arriesgar) (nn. 23-24)
- Creer es acoger (nn. 25-26)
- Creer es compartir (n. 27)
- Creer es comprometerse (n. 28)

- Creer es adorar (n. 29)
- Creer es amar, servir (n. 30)

II.- ¿QUÉ ES TRANSMITIR LA FE?

- Transmitir la fe es ofrecer un testimonio cercano de vida creyente (n. 31)
- Transmitir la fe es provocar preguntas (n. 32)
- Transmitir la fe es narrar la propia experiencia personal (n. 33)
- Transmitir la fe es dar a conocer el verdadero rostro de Dios (nn. 34-35)
- Transmitir la fe es respetar la libertad (n. 36)
- Transmitir la fe es presentarla como camino de salvación (n. 37)
- Transmitir la fe es ayudar a dialogar (n. 38)
- Transmitir la fe es proponer la fe de la Iglesia (n. 39)
- Transmitir la fe es acompañar en la búsqueda (nn. 40-41)

TERCERA PARTE

- Corresponsables en la transmisión de la fe (n. 42)

I.- LA COMUNICACIÓN DE LA FE EN LA FAMILIA (n. 43)

- El diálogo sobre la fe entre los esposos (n. 44)
- La educación en la fe de los hijos (nn. 45-47)
- Cuando los hijos crecen (nn. 48-49)

II.- TRANSMITIR LA FE EN LOS DIVERSOS AMBIENTES (n. 50)

- El testimonio personal de vida (nn. 51-52)
- Dar razón de nuestra esperanza (nn. 53-54)

III.- LAS ACCIONES DE LA COMUNIDAD ECLESIAL

- El anuncio misionero del Evangelio (n. 55)
- La acogida y el acompañamiento de los que buscan la fe (n. 56)
- La evangelización de la cultura (n. 57)
- La iniciación cristiana y la catequesis (nn. 58-61)
- En el mundo de la enseñanza (nn. 62-64)
- La pastoral de juventud (nn. 65-67)
- Una celebración renovada de la fe (nn. 68-69)

CONCLUSIÓN (n. 70)

INTRODUCCIÓN

1. Hace cuatro años, nuestra Carta Pastoral¹ tenía como intención ayudar a los creyentes a vivir y crecer en la fe en las circunstancias concretas de nuestra cultura y nuestro tiempo. Percibíamos que el ambiente que nos rodea somete nuestra vida de fe a pruebas y contrastes que requieren en los creyentes una mayor preparación y consistencia, una identidad cristiana más definida y coherente.

Ahora nuestra atención se centra en la transmisión o comunicación de la fe. Como muchos creyentes comprometidos con su fe, nosotros también vivimos la preocupación por las dificultades que hoy experimentamos a la hora de transmitir ésta a quienes no han llegado a conocerla o a vivirla con profundidad, especialmente si pertenecen a las generaciones más jóvenes.

Nos proponemos avivar y animar a los creyentes en la responsabilidad que tienen como mensajeros y testigos de la fe. Intentamos ofrecer alguna orientación particular a los sacerdotes, los padres y educadores en su vocación y misión de transmitir la fe a niños y jóvenes. Procuraremos ayudar a los que buscan creer y a quienes les acompañan en ese camino.

2. Nuestra Carta se estructura en tres partes. Inicialmente tratamos de comprender la situación que vivimos y en la que intentamos comunicar a otros la fe. Contemplamos la realidad social y cultural de hoy, especialmente en relación con las dificultades que presenta a la transmisión de valores, y describimos algunas de estas dificultades características de la comunicación de la fe hoy.

En un segundo momento, invitamos a reflexionar sobre la naturaleza de la transmisión o comunicación de la fe a partir de dos preguntas: ¿Qué es creer? Y ¿qué es transmitir la fe?

Y, en la tercera parte, proponemos diversas orientaciones pastorales para la comunicación de la fe por los creyentes en las distintas situaciones y relaciones de las que participan. Señalamos también algunos de los servicios que como pastores queremos impulsar en nuestras Iglesias para el mejor desarrollo de esta misión.

¹ *Al servicio de una fe más viva*, Carta Pastoral Cuaresma-Pascua 1997.

PRIMERA PARTE

I.- LA TRANSMISIÓN SOCIO-CULTURAL EN CRISIS

3. Las dificultades que muchos de nosotros experimentamos para transmitir la fe en nuestro tiempo, especialmente cuando se trata de comunicarla a las generaciones más jóvenes, forman parte de una crisis social más amplia. Entre los fenómenos sociales que caracterizan a nuestra época, percibimos lo que podríamos identificar como una crisis en la transmisión o comunicación de valores, criterios o referencias, tradiciones o costumbres, de unas personas a otras, de unos grupos sociales a otros y, particularmente, de unas generaciones a otras.

Sin pretender analizar con profundidad esta cuestión, podemos destacar algunos factores que, junto a la complejidad y celeridad de los cambios de todo orden que se vienen produciendo en las últimas décadas, nos ayudan a comprender el origen, la amplitud y la persistencia de esta crisis.

Hoy la mayoría de nosotros vivimos de prisa, de modo que, si bien en la vida cotidiana se multiplican nuestras relaciones con otras personas, éstas quedan muchas veces reducidas a un trato superficial, poco profundo que se desvanece sin dejar prácticamente huella alguna. La vida cotidiana se dispersa en diferentes ámbitos de actividad, desconectados entre sí, incluso en espacios físicamente distantes. Esto puede originar una fragmentación de la persona en el desempeño de papeles o roles diversos, faltos de integración y coherencia.

El pluralismo ideológico, cultural y religioso es un rasgo de nuestra situación social que exige una actitud de respeto y tolerancia. Sin embargo, en ocasiones la afirmación de las libertades personales llega a confundirse con una postura individualista de desinterés práctico hacia los derechos y necesidades de los otros. Al mismo tiempo, bajo el influjo de una globalización económica y socio-cultural se van borrando las señas de identidad peculiares de los distintos pueblos o grupos humanos, dejando reducidas a simple recuerdo costumbrista antiguas tradiciones despojadas de su sentido y valor original.

4. La familia, reconocida tradicionalmente como importante transmisora de valores básicos, en los últimos tiempos viene experimentando igualmente profundos cambios no sólo en su estructura, sino principalmente en sus relaciones interpersonales. Los lazos y relaciones familiares han mejorado en espontaneidad y libertad, pero han perdido densidad, hondura y estabilidad. Para bien y para mal, cada uno de los miembros de la familia tiene un mayor margen de autonomía e independencia personal en sus opciones y decisiones desde temprana edad. Aun siendo un ámbito de pertenencia altamente reconocido y valorado por sus miembros, no ejerce sobre ellos la influencia determinante de otros tiempos, especialmente si no se asume con responsabilidad el cultivo de sus potencialidades frente a otras esferas de influencia.

La crisis llega a afectar también a la función social que tradicionalmente han desarrollado las instituciones de enseñanza. Aunque felizmente hoy acceden a los diversos niveles educativos, incluso superiores, amplios sectores de la sociedad, puede constatar una pérdida de influencia de la escuela y la universidad, frente al peso de otras instancias, en la transmisión de la cultura de nuestro tiempo.

Los medios de comunicación social han adquirido un grado de desarrollo tal que constituyen una fuerza determinante en la selección y sucesión de los cambiantes centros de atención e interés de la opinión pública. Cuentan con una rápida difusión, tienen un enorme poder de convocatoria, ejercen una gran influencia modeladora de criterios, actitudes y comportamientos y ofrecen indiscriminadamente a amplios sectores de la sociedad modelos de referencia muy poco consistentes.

Todos estos factores son signo y causa de un formidable cambio de mentalidad respecto al valor de lo recibido por herencia y tradición. Los tiempos anteriores a nuestros días se caracterizaban por recibir casi como intangible el legado del pasado. Hoy este legado es puesto en cuestión precisamente porque proviene del pasado. Nuestra sociedad tiende a recelar de la tradición y es proclive a asumir acríticamente la novedad.

Repercusión en lo religioso

5. La cultura de nuestro tiempo ha logrado conquistar y ha adquirido valores importantes que humanizan muchos aspectos de la vida personal y comunitaria. Con todo, percibimos en ella algunos factores característicos que influyen particularmente en la crisis de la transmisión de valores y referencias específicamente religiosas, por lo tanto en la comunicación de la fe.

Prevalece en muchos hombres y mujeres, de distintas edades y situaciones, una forma de vivir al momento, centrados en el presente inmediato. En las acciones o decisiones personales no se tienen en cuenta perspectivas de futuro a largo plazo. Se vive ocupado por lo que está al alcance de la mano, lo que tenemos delante, y esta actitud bloquea cualquier pretensión de trascendencia. La atención concentrada en lo superficial y reducida a las actividades y cuestiones de la vida cotidiana, ahoga el interés por las preguntas más profundas sobre el sentido de la vida misma. Esta forma de vivir hace que muchos hoy no sientan necesidad de ser salvados de nada ni por nadie y que la afirmación de Dios les resulte extraña a su forma de entender y ejercer la propia libertad.

Participamos de una civilización construida sobre el desarrollo del conocimiento científico-técnico, en la que se estima como valioso lo que es acreditado por su eficacia y utilidad. En este contexto para muchos resulta poco fiable el saber religioso y extraño el sentido de la gratuidad. Por otra parte, en una cultura consumista donde se acostumbra a seleccionar entre diversas ofertas lo que más apetece, no resulta extraño el sincretismo como forma de adaptación acrítica al pluralismo religioso.

En los últimos años proliferan distintas manifestaciones relacionadas con el mundo de los «misterios» que difícilmente pueden confundirse con inquietudes o sensibilidades de carácter religioso. Tampoco ciertas formas de religiosidad difusa que vagamente hacen referencia a un «algo» trascendente e impreciso deben interpretarse como expresiones de fe en un Dios personal.

6. Percibimos en gran parte de la sociedad un clima de indiferencia generalizada hacia lo religioso y en particular a lo cristiano. Tal vez sea aplicable a nuestra situación lo que un teólogo francés² refiere a su país: «Muchos de nuestros contemporá-

² Bernard Sesboué, *Creer*, Ed. San Pablo (Madrid 2000), p. 10.

neos tienen una especie de alergia espontánea al cristianismo, en particular en su forma católica, por la sencilla razón de que el catolicismo ha sido la religión dominante... ha moldeado nuestra cultura, nuestro sentido espiritual y moral, en definitiva nuestros valores; ha ejercido autoridad sobre las costumbres y los comportamientos. De ahí la necesidad de librarse de ella y de buscar en otra parte, como si el cristianismo no tuviera ya nada que decirnos hoy».

Hemos de reconocer, por otra parte, que el rechazo de ciertas visiones religiosas inadecuadas y de algunas imágenes deformadas de Dios asociadas a historias personales del pasado, la falta de coherencia en la vida y compromiso cristiano de algunos creyentes y pastores, la escasa estima social por lo institucional –aplicado en este caso a la Iglesia– y los problemas de adaptación o falta de comprensión del lenguaje religioso y eclesial, también son factores de peso que inciden en las dificultades actuales de la comunicación de la fe.

II.- LA CRISIS EN LA TRANSMISIÓN DE LA FE

7. Dentro de esta amplia crisis social de transmisión de valores y referencias, en esta Carta Pastoral nos interesa centrar nuestra atención en las dificultades propias de la *comunicación* de la fe. Podemos descubrirlas en diversas manifestaciones y situaciones concretas en las que la mayoría de nosotros tomamos parte de una manera u otra.

Muchos creyentes, conscientes de la dificultad que entraña vivir como tales en el clima social de nuestro tiempo, se sienten responsables de su fe y la viven de forma consecuente y comprometida. Su fe hoy es más libre y consistente ante las pruebas que en tiempos pasados. No se avergüenzan de ella, dan testimonio cristiano con sencillez y sinceridad y ofrecen razón de su esperanza en muchas de sus relaciones interpersonales y compromisos sociales. Pero, al mismo tiempo, otros muchos, más numerosos que los primeros, viven la fe sin atreverse o acertar a manifestarla y ofrecerla como experiencia a aquellos con los que conviven incluso en la propia familia o en estrechas relaciones de amistad.

No son pocos los que viven en una actitud de repliegue defensivo de las propias creencias ante lo que sienten como un medio hostil. Ese repliegue hace de la vida de fe algo recluso a la intimidad personal de la conciencia, viviendo de forma anónima la condición de creyente en las relaciones interpersonales y sociales de todo tipo. De este modo, se reduce la expresión del testimonio de la propia fe a los espacios protegidos y cálidos de la vida de la comunidad cristiana. No pocos cristianos se avergonzarían hoy de ser públicamente reconocidos como tales.

En la familia

8. La vida familiar experimenta en estos últimos años transformaciones importantes. Muchos padres se interesan y comprometen más activamente en la educación de sus hijos, pero experimentan las dificultades en la comunicación a sus hijos de los valores y criterios que ellos consideran referencias importantes para su vida personal y social. Los padres creyentes experimentan esa misma dificultad al tratar de comunicar a sus hijos la fe.

En ciertos casos, una aguda sensibilidad por el respeto debido a la libertad de los demás provoca en los padres la convicción de que proponer la fe o invitar a ella a sus hijos contradice dicha libertad. No llegan a percatarse de que, por el contrario, la posibilidad de optar libremente, de decidir por sí mismos con mayor capacidad, se hace real y completa sólo después de recibir la propuesta. Esta posición se identifica en la actitud de algunos padres ante la responsabilidad de la educación en la fe de sus hijos.

No pocos padres consideran que la práctica religiosa y los hábitos morales son un camino fundamental para la comunicación de la fe y, de hecho, ponen su esfuerzo en inculcarlos a sus hijos. Pero en la actualidad se ven perplejos y desbordados, sin capacidad de reaccionar, por el abandono de la práctica religiosa y la contestación de los principios morales cristianos que descubren en los más jóvenes. En esa situación, contemplan con añoranza tiempos pasados y viven con desesperanza los presentes.

En muchas familias se percibe hoy un descuido de todo lo religioso, una escasa valoración práctica por el cultivo de la vida cristiana y, más concretamente, un debilitamiento de los vínculos de pertenencia a la Iglesia. Hace unos años, describíamos con preocupación esta misma realidad: «La familia actual se ha ido vaciando en pocos años del contenido religioso y cristiano que ha tenido entre nosotros. Hoy, por lo general, la familia no es una “escuela de fe”, sino un lugar donde se transmite de padres a hijos indiferencia y silencio religioso».³

9. Muchos hombres y mujeres ya adultos, padres y madres de familia, se sienten poco seguros en su vivencia personal de la fe. Inquietos por los cambios que perciben a su alrededor, se experimentan faltos de recursos para adaptarse a las nuevas circunstancias y comunicar a otros una fe puesta al día. La falta de un lenguaje actual y adecuado para la expresión personal de su fe se convierte en un obstáculo insalvable incluso en el ámbito más próximo de las relaciones familiares.

Un número apreciable de padres y madres pertenecientes a la franja de edad comprendida entre los treinta y los cincuenta años, por diversas razones no se han preocupado de iniciar a sus hijos en la fe cristiana, dando lugar a un fenómeno sociológicamente nuevo entre nosotros, cual es la falta de una verdadera iniciación religiosa de sus hijos. Esta situación supone hoy uno de los mayores retos pastorales para nuestra Iglesia.

Los más mayores, que estiman la fe que siempre ha llenado de sentido su vida, se ven muchas veces superados por la dificultad de comunicarla a los suyos. Desde la sensación de impotencia para comprender y conectar con los miembros de su propia familia, que viven y piensan de forma radicalmente diferente, recurren a Dios en la oración pidiendo para los suyos –con un amor entrañable– el don de la fe.

La experiencia de estas dificultades en la vida de familia constituye para algunos el punto de partida de un esfuerzo por purificar su propia fe, acogiéndola con sencillez, preocupándose por comprenderla y vivirla de forma comprometida y auténtica, compartiéndola con otros creyentes y dando oportunamente testimonio de ella. Hay padres que para educar a sus hijos en la fe buscan activamente su capacitación; los hay que para asumir un papel más activo en la educación en la fe de sus

³ *Evangelizar en tiempos de increencia*, Carta Pastoral Pascua 1994, n. 84.

hijos se ofrecen y capacitan como catequistas de la comunidad profundizando conienzudamente en su propia vida cristiana. No son pocos quienes, para poder asumir desde la fe compromisos de servicio a los demás, ahondan en su propia condición de creyentes y discípulos de Jesús.

Entre los jóvenes

10. Donde más crudamente percibimos la dificultad de comunicar a otros nuestra fe es cuando fijamos la atención en el mundo juvenil. Un amplio sector de la juventud, bajo los condicionamientos de la sociedad y la cultura actual, viven según las pautas que exigen sus relaciones y actividades en el estudio o el trabajo, en la familia y en su tiempo libre. Hacen frente a esta realidad fragmentada sin plantearse las últimas preguntas sobre el sentido de su vida; es algo que parece no afectarles, tal vez porque supera su interés centrado en lo inmediato. Pueden llegar incluso a configurar sus propios criterios personales y a adoptar unas normas de conducta ética, pero la cuestión de Dios parece no plantearse siquiera. A una mayoría de la juventud de nuestros días las inquietudes religiosas les resultan desconocidas o extrañas.

Hay jóvenes que después de una educación cristiana en la familia y en la propia comunidad han abandonado habitualmente su participación en la celebración de la fe cristiana y así van acentuando su alejamiento de la fe y de la vivencia religiosa sin trauma ni crisis aparente. Otros han crecido ya, en las últimas décadas, en una situación de ruptura con la tradición cristiana de la que a veces ignoran lo más elemental. La Iglesia les parece algo ajeno, lejano y sin interés.

Los jóvenes, incluso los que participan en actividades de la comunidad cristiana, buscan con ilusión campos de acción con desprendimiento y generosidad espontáneos, pero en ocasiones soslayan hacer frente a cuestiones fundamentales en su existencia, concretamente en relación con la fe. Pero también hay jóvenes que buscan la fe, se interesan y se comprometen con ella, procuran crecer en su adhesión y comprensión personal e intentan honestamente ajustar su vida a las pautas y exigencias del Evangelio. Éstos constituyen un impulso renovador para la vivencia de la fe de los adultos que les conocen o acompañan y para la misma comunidad eclesial.

En la enseñanza

11. Los centros educativos, en sus distintos niveles, contribuyen significativamente al proceso de socialización de los niños y jóvenes. Son depositarios de la confianza de los padres y de la sociedad en la tarea de comunicar los valores más relevantes de la cultura, desarrollando de modo progresivo las capacidades físicas, intelectuales y morales de los alumnos. Es normal que en ese proceso educativo se pueda integrar la dimensión religiosa de la persona y concretamente, en nuestra cultura, la tradición de la fe cristiana.

Muchos padres confían sus hijos precisamente a aquellos centros donde tienen garantías de que van a recibir una educación cristiana. En ocasiones, al delegar esa responsabilidad, se sienten liberados de participar activamente en ella. En la sociedad actual, la aportación de los centros de enseñanza al desarrollo personal de sus alumnos se ve muy limitada y condicionada por otras influencias, especialmente en cuanto se refiere a la educación moral y religiosa. Por otra parte, en el marco del

sistema educativo actual no se desarrolla una formación en principios y valores éticos o morales fuera de la asignatura de religión.

La enseñanza religiosa escolar –que sólo está reglada en la educación infantil, primaria y parte de la secundaria– es una apuesta por la integración de la cultura religiosa en el conjunto de las ciencias humanas, y no debe confundirse con la catequesis. Tiene como condición la libre opción de quienes participan en ella, cuenta con un profesorado específico entregado a su labor y con recursos pedagógicos actualizados. A cuantos participan de ella con interés les ofrece la oportunidad de adquirir los conocimientos y descubrir los valores y actitudes propios de la tradición religiosa cristiana. Pero sufre, en muchos casos, el menosprecio que la cultura religiosa experimenta entre los conocimientos científicos y sociales de este tiempo. Por sí sola, especialmente en las actuales circunstancias, siendo importante es insuficiente para transmitir la fe.

En la catequesis

12. La catequesis es un proceso de profundización en el conocimiento y vivencia de la fe, que se desarrolla a partir de una adhesión fundamental a Jesucristo a quien se ha llegado a descubrir al menos inicialmente como revelación de Dios y centro de unificación para nuestra vida. Se diferencian, según sus destinatarios, procesos catequéticos de infancia, para jóvenes o de adultos.

En las últimas décadas, las catequesis de la comunidad cristiana han mejorado en la exposición del mensaje, estimulan a la oración y la escucha de la Palabra, proponen modelos de vida cristiana e invitan al seguimiento de Jesucristo. En sus distintos procesos, cuentan con la entrega generosa de muchos catequistas y la ayuda de materiales renovados. En ellos participan niños, adolescentes, jóvenes y adultos que crecen en la fe y llegan a una digna madurez cristiana.

Quienes trabajan en la catequesis con los niños y los jóvenes destacan la dificultad que encuentran para contribuir eficazmente con estos procesos a la deseada iniciación cristiana. En el origen de esa dificultad está la relación entre los procesos de catequesis y la celebración de los sacramentos. La Iglesia celebra un sacramento que supone, expresa y acrecienta la fe y, en consecuencia, ofrece un serio proceso de formación, mientras que muchos convocados desean principalmente el rito sacramental por el relieve social que éste conserva todavía. Este desajuste entre el ofrecimiento de la Iglesia y la expectativa de los candidatos, constituye un serio problema para pastores y catequistas.

13. Muchos cristianos adultos, a veces con un pasado de formación y práctica religiosa, pero inmaduros en su fe, experimentan el desconcierto originado por los profundos cambios sociales y culturales de los últimos tiempos. Mientras unos aprovechan las oportunidades de los grupos de inspiración catecumenal, de oración y formación cristiana, para profundizar y renovar su vida de fe, otros, sensiblemente más numerosos, viven manteniendo débilmente los rescoldos del pasado, sin acertar a revitalizar su vida creyente, y muchos se dejan deslizar hacia actitudes de abandono e indiferencia religiosa.

La complejidad de contenidos que muchos han recibido en su formación religiosa y la consideración de la fe como un saber o conocimiento constituyen una dificultad para quienes viven una experiencia religiosa sencilla. La evolución de la

vida cristiana y eclesial en los últimos tiempos les desconcierta y experimentan una disociación práctica, una fragmentación entre su fe y otras dimensiones de su vida. No llegan a sospechar la oportunidad que podría ofrecerles la participación en un proceso catequético como ayuda para su vida personal de fe y como impulso para su comunicación a los demás. En algunos ámbitos de la comunidad cristiana hay quienes consideran la fe como algo reservado a una elite de selectos –capaces de comprenderla, expresarla y vivirla con pulcritud– y vedada a los sencillos. Pero los evangelios, que nos ayudan a conocer la forma de actuar de Jesús, descalifican totalmente esa forma de pensar y actuar.

14. Hay también entre nosotros un número creciente de hombres y mujeres que se plantean con sinceridad cuestiones fundamentales en su vida y realizan tanteos en su esfuerzo por descubrir la fe, pero muchas veces no llegan a encontrar a quién dirigirse en busca de ayuda y apoyo. Con frecuencia reciben apresuradas y complejas respuestas prefabricadas a cuestiones que no formulan. Les resulta difícil descubrir una acogida reposada y dialogante, servicial y desinteresada, en muchos creyentes e incluso pastores. Necesitan encontrar alguien que tome en serio su búsqueda, que con sencillez escuche sus preguntas, acoja sus inquietudes y les oriente en su camino hacia la fe.

III.- ANTE ESTA SITUACIÓN

15. La crisis social de transmisión de valores y referencias es un signo inequívoco de que nuestra fe de siempre tiene que ser repensada, reinterpretada y reformulada en muchos aspectos a la luz de las circunstancias actuales. Es un momento delicado en el que algunos rechazan lo que antes aceptaban sin discusión y ahora consideran incompatible con la realidad presente. Otros, por el contrario, continúan aferrándose ciegamente a pasadas explicaciones, porque las nuevas situaciones son más de lo que pueden asimilar en su arcaica visión del mundo. Debemos considerar si no ha llegado ya el momento y la situación que presagiaba el teólogo Karl Rahner hace unas décadas: «El hombre religioso de mañana será un místico, una persona que haya experimentado algo, o no podrá ser religioso, pues la religiosidad del mañana no será ya compartida en base a una convicción pública unánime y obvia».⁴

A pesar de los esfuerzos evangelizadores de las comunidades cristianas de la Iglesia, a nuestro alrededor e incluso al interior de la propia comunidad, muchos desconocen la fe, no llegan a descubrirla como una clave fundamental para su vida o se van alejando de ella. Pero también hay cristianos que descubren su necesidad de madurar, de reapropiarse de una fe situada en las coordenadas actuales de su vida personal y social, de la que poder dar razón a otros. Quieren rehacer una fe consistente para afrontar desde ella el reto de vivir acompañados a los gozos, las tristezas y las esperanzas de los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Nos apena descubrir que del mismo modo que se da una indiferencia social hacia los creyentes y ante cuanto significa la religión y la fe, existe también una respuesta de cierta «indiferencia», por parte de algunos creyentes, hacia aquellos que no comparten su misma visión religiosa de la vida. Contemplan la situación actual con cierta insensibilidad sin inquietud por ofrecer a otros lo que ellos poseen. No han llegado a descubrir vitalmente su propia fe como algo valioso para comunicar a

⁴ Cita recogida por E. Klinger, *La teologia spirituale di Karl Rahner*, Ed. Messaggero (Padua 1998), p. 75.

los demás. Realmente habrá que cuestionar seriamente la autenticidad cristiana de una experiencia religiosa que no mueve al creyente a la comunicación de su fe.

En distintos sectores eclesiales percibimos: por un lado, actitudes de pesimismo desesperanzado ante las dificultades de la transmisión de la fe en el tiempo presente y, por otro lado, actitudes de confianza en un futuro de mayor autenticidad y profundidad de vida cristiana que resultará purificada en las pruebas y las búsquedas de esta situación.

Hay muchos que en esta situación presente buscan algo que les ayude a encontrar el sentido de la vida, la integridad de la fe, buscan autenticidad y desean algo más que ritos, algo más que normas. Es lo que tienen derecho a encontrar en los creyentes y en la Iglesia de Jesucristo.

Para cada uno de los creyentes y para nuestra Iglesia es, pues, el momento de preguntarnos de nuevo qué es aquello en lo que creemos. Es el momento de recuperar la fe que subyace a los ritos, normas y compromisos, y de reactivar el sentido del misterio que late en lo más auténtico y profundo de nuestra vida creyente. Es el momento de reconsiderar nuestro lugar en el mundo de hoy como testigos y mensajeros de la fe.

SEGUNDA PARTE

Creer y transmitir la fe

17. Los creyentes que vivimos con gozo nuestra fe cristiana tenemos conciencia de que otros, en la familia y en la Iglesia, por diversos medios nos han ayudado a encontrarla y a crecer en ella. Les estamos sinceramente agradecidos porque nos han transmitido lo más valioso que poseemos. Pero en lo más profundo de nuestra experiencia creyente hemos llegado a descubrir que la fe es para nosotros un don, una gracia de Dios. Sabemos que desde nuestra libertad, en ocasiones con esfuerzo y dificultad, y con la ayuda de los demás, hemos llegado a reconocer y acoger el don de la fe. Pero estamos convencidos, sobre todo, de haber llegado a conocer a quien, a través de otros creyentes y desde lo más íntimo de nuestro ser, nos estaba llamando a un encuentro personal con él: el mismo Dios.

Por ello, reconocemos que transmitir o comunicar la fe consiste fundamentalmente en ofrecer a otros nuestra ayuda, nuestra experiencia como creyentes y como miembros de la Iglesia, para que ellos, por sí mismos y desde su propia libertad, accedan a la fe movidos por la gracia de Dios. Transmitir la fe es, pues, preparar o ayudar a otros a creer, a encontrarse personalmente con Dios.

Nuestro servicio a la fe de los demás no tiene como efecto directo e inmediato –ni siquiera necesario– una respuesta creyente en el otro. En la tarea de comunicar la fe no nos encontramos, sin embargo, solos, abandonados a nuestras propias fuerzas y apoyados únicamente en nuestra capacidad o creatividad. Somos conscientes de que, antes y por encima de todo, actúa la gracia de Dios, que ofrece a todos el don de la fe. Pero ni el mismo Dios con ese don priva a nadie de la libertad personal de creer o no creer, ni nos exime a nosotros de la responsabilidad de comunicar activamente la fe que hemos recibido.

I.- ¿QUÉ ES CREER EN DIOS?

18. En nuestra Carta Pastoral «Al servicio de una fe más viva»,⁵ ya ofrecíamos una extensa respuesta a esta misma pregunta. Ahora tratamos de señalar tan sólo algunos aspectos que nos preparen a descubrir cómo podemos transmitir a otros la fe, cómo podemos prepararles o ayudarles a creer.

Creer no es saber, pero... también

La fe no consiste en un saber intelectual, ni siquiera en un saber acerca de Dios. El contenido fundamental de la fe no es un conjunto de ideas o conocimientos sobre el misterio de Dios o sobre el sentido de nuestra propia existencia. Por ello, no basta transmitir a otro nuestro conocimiento para comunicarle la fe. Precisamente porque la fe no consiste principalmente en un saber puede ser accesible a todos, tanto a los humildes como a los más sabios. En la fe de los más sencillos, la dimensión intelectual es limitada, pero no por ello su fe es más débil o menos auténtica.

⁵ *Al servicio de una fe más viva*, Carta Pastoral Cuaresma-Pascua 1997, nn. 35-49.

Comunicar ideas o conocimientos no es suficiente para transmitir a otro la fe, aunque tampoco es posible hacerlo sin su ayuda. Es necesario poseer algunas ideas fundamentales y claras que sirvan de vehículo a nuestra comunicación, pero sobre todo es necesario que estemos convencidos de ellas en lo más profundo de nuestra alma. La vida nos enseña, a veces sorprendentemente y no sólo en cuestiones religiosas, que lo que es evidente para el alma humana no requiere verificación científica. Creer algo es saber que es verdad, no en nuestras mentes, sino en lo más íntimo de nuestro ser, en el centro de nuestras almas. Por ello decimos que la fe supera la razón; no es contraria a los hechos, pero va más allá de ellos, los trasciende y los sitúa en una nueva perspectiva.

19. No llegamos a creer como resultado de un esfuerzo intelectual. Ni por medio del estudio, ni sólo por el razonamiento o el debate se llega a alcanzar la fe, aunque pueden disponer a ella. Creer y saber son dos experiencias diferentes, pero no necesariamente opuestas, que se combinan en una relación muy original. Todo creer requiere un mínimo saber y se apoya en él. «No hemos de olvidar que la fe implica siempre un contenido. No es posible creer en Dios sin creer en lo que Dios nos revela. Por eso, el creyente va configurando su adhesión a Dios, su concepción del hombre y de la historia, y su visión del mundo a la luz de la revelación de Dios en Jesucristo». ⁶ Como creyentes estamos llamados «a dar razón de nuestra esperanza a todo el que nos la pida» (1 Pe 3,15), y sólo podremos hacerlo si a preguntas razonables, ofrecemos respuestas razonables y no simples opciones «voluntaristas».

Creer no es tampoco dejarse llevar de la fantasía o abrir las puertas a la irracionalidad. El mismo acto de fe se apoya en las razones que tenemos para creer, pero sin reducirse a un simple asentimiento mental. Porque el acto de fe supera a las razones que se tienen para creer, y a los indicios o señales que nos mueven a creer. Con todo, la fe ha de ser razonable para ser auténticamente humana; la fe ha de poseer unas razones para acoger y afirmar lo que trasciende los límites de la misma razón. «Una fe sobre la cual no se reflexiona, deja de ser fe» (San Agustín).

Creer es buscar

20. Creer es abrirse al misterio profundo e íntimo que habita en cada uno de nosotros. Es buscar el sentido radical y último de nuestra existencia, tratar de alcanzar lo que vale por sí mismo y da valor a todo lo que somos y tenemos. Es preguntarse por la realidad definitiva o absoluta frente a la cual todas las cosas son relativas o «penúltimas». No es evadirse de la realidad que vivimos, sino profundizar en ella. Las cuestiones últimas, y entre ellas el problema de Dios, se insertan en lo más cotidiano de nuestra vida, aunque sólo sea en forma de frustración o de vacío. La experiencia humana, la de todos y cada uno de nosotros, es el punto de partida del creer, de la búsqueda de la fe, porque Dios «no se encuentra lejos de cada uno de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17,27-28).

Decir «creo» es abrir mi existencia al misterio que habita dentro de mí, decir sí al misterio de la vida. «Creer en Dios significa mantener la inquietud por la verdad última sin contentarse con la apariencia empírica de las cosas, buscar la salvación total sin quedarse satisfecho con una vida fragmentada, amar la vida hasta el final religándola con el Trascendente». ⁷

⁶ *Al servicio de una fe más viva*, Carta Pastoral Cuaresma-Pascua 1997, n. 49.

⁷ *Creer en tiempos de increencia*, Carta pastoral Cuaresma-Pascua 1988, n. 52.

La fe hace de la vida una búsqueda permanente. La fe impide que nos instalemos tranquilos o satisfechos en nuestra situación renunciando al esfuerzo de buscar. Esta búsqueda exige una «ruptura de nivel» de nuestro vivir cotidiano, superficial e intrascendente, para llegar a descubrir al que siendo otro ocupa el centro de mí mismo: Dios. Ese descubrimiento me transforma por entero, porque no consiste en encontrar a Dios lejos, fuera de mí, ni en hacerle un hueco en mi vida, sino en descubrir toda mi vida como referida a Él, centrada en Él, y envuelta en Él. Desde esta experiencia comprendemos que las inquietudes y las preguntas en la búsqueda de Dios no pueden ser tanto especulativas y racionales como existenciales.

Creer es encontrar, o mejor «encontrarse»

21. Creer es encontrarse personalmente con Dios. Un encuentro sólo es posible como auténtica relación entre personas. Dios no es algo abstracto, confuso o informe, de lo que sólo se puede tener una idea más o menos precisa. Dios es un Ser personal, por muy grande que sea, con quien podemos relacionarnos en un verdadero encuentro. Éste es el Dios que nos ha revelado Jesucristo, el centro de la fe de la Iglesia y el fundamento de nuestra vida creyente.

El encuentro con Dios, como todo verdadero encuentro entre personas, no consiste en un contacto ocasional o superficial, no es una relación distante o fría. Se trata de una presencia cercana y profunda que me afecta en lo más íntimo y de forma permanente, que requiere toda mi atención. En este encuentro podemos llegar a situarnos ambos en una relación tan cercana y especial que puedo decirle: «Dios mío». Esto no significa afán de posesión o dominio, porque descubro que Dios me trasciende como persona y me respeta como persona. En el Dios que encuentro en lo más profundo de mi vida y la llena de sentido, al mismo tiempo que la trasciende, descubro al Dios «que lo trasciende todo, lo penetra todo y lo invade todo» (Ef 4,6).

22. No es un verdadero encuentro de fe aquella relación interesada en la que sólo se busca a Dios para ponerlo simplemente al servicio de nuestras necesidades o intereses. Esto sería utilizarlo más que llegar a encontrarse personalmente con Él. En el auténtico encuentro de fe descubro el respeto de Dios a mi libertad y me comprometo a no instrumentalizarlo, a dejarle ser Dios. Experimento que al descubrirlo y acogerlo a Él, estoy descubriendo el sentido de mi propia vida. Por eso despierta en mí un gran interés, veo que afecta a lo esencial de mi vida y me dispongo a abrirle mi existencia. No se trata de una relación de intercambio, comercio o compensación, es un compartir más íntimo y estable, se trata de una verdadera relación de comunión.

Las experiencias especialmente intensas de encuentro con Dios, no tienen porqué ser inicialmente experiencias de oración. Puedo vivirlas en mis relaciones de servicio a los demás, en experiencias de reconciliación o de perdón, en gestos de acogida o solidaridad que ofrezco o recibo, en el encuentro gozoso con otros. Cualquier experiencia de este tipo nos invita a llevarla al silencio de nuestro corazón, o a la comunicación con otros creyentes, para hacerla oración, para profundizar y descubrir en ella la llamada a nuevas experiencias, a nuevos encuentros.

Creer es confiar (incluso arriesgar)

23. La fe religiosa es la confianza total del hombre en un Dios con el que se ha encontrado personalmente. La verdadera cuestión de la fe no consiste sólo en creer

que Dios existe, sino en descubrir que nuestra vida está íntimamente unida a la vida de Dios. Es llegar a descubrir una forma diferente y nueva de vivir, desde el encuentro y la relación con Él. Dios es quien da solidez y consistencia al hombre.

En la fe, como en otras formas de relación interpersonal, hay una confianza en el otro que va más allá de lo puramente racional, que es intuitiva y constituye una convicción razonable. Creer en Dios es, sobre todo, confiar en Él. Confiar significa creer en su fidelidad. Por eso, la fe hace referencia a la fidelidad de un Dios que siempre cumple sus promesas y merece nuestra confianza. «Yo sé de quién me he fiado» (2 Tm 1,12).

Creer significa confiar libremente y no inclinarse sin más ante unos argumentos contundentes. La confianza que otorgamos al creer no es ciega, sino iluminada por el apoyo de unas «razones para creer». Por esto, la comunicación de la fe que proponemos a los demás tiene la forma de un testimonio que invita a los otros a una actitud de confianza.

24. La confianza de la fe es finalmente confianza en Dios; pero en el camino de acceso a la fe, la confianza encuentra apoyo en el testimonio de quienes nos transmiten la Palabra: Jesucristo, los apóstoles, los creyentes y la comunidad cristiana, la Iglesia. Junto a las debilidades y limitaciones de muchos creyentes y de la propia Iglesia, existe una ingente nube de testigos de la fe, muchas veces anónimos, que han llevado su fidelidad a la fe hasta las últimas consecuencias. En la historia de la Iglesia y en los tiempos presentes, el testimonio de tantas vidas entregadas al servicio de los hombres –que es, al fin y al cabo, la causa de Dios– constituyen verdaderas luminarias de la fe y, en ese sentido, serias «razones para creer». Son una invitación viva a confiar en Aquél en quien ellos han puesto toda su confianza.

Asumir la responsabilidad de comunicar a otros la propia fe nos exige una coherencia de vida con lo que decimos creer. Esto no significa que sólo los «perfectos» están llamados a asumir esa tarea, sino sólo que el que se esfuerza en progresar consecuente y vitalmente en su propia fe resulta un testigo convincente.

Creer es acoger

25. El que busca abiertamente a Dios puede llegar a descubrir que, a su vez, incluso con anterioridad, es buscado por el mismo Dios. Él ha puesto en nuestra vida diversos signos de su cercanía, ha sembrado nuestra existencia de señales de su presencia. Dios no irrumpe ordinariamente con estrépito en nuestra historia personal, está presente discretamente en los acontecimientos cotidianos y nos sale al paso a través de nuestras relaciones con otras personas. Dios nos llama incluso desde nuestro propio interior, desde lo más íntimo de la conciencia.

El que llega a encontrarse con Dios reconoce que ese acontecimiento no es fruto de su esfuerzo, sino gracia. La experiencia de la fe es, al mismo tiempo, experiencia de la gracia. El acto de creer es fruto de una experiencia religiosa enteramente original. Se trata de acoger un don gratuito ofrecido por Dios, un don que se acepta con toda libertad.

Un don no es gratuito porque sea ofrecido sólo a unos pocos. Un don no es menos gratuito porque sea ofrecido a todos. Pero son muchos los factores derivados de la historia y situación personales, influidos por la familia y el ambiente social,

que pueden ayudar o impedir el acoger el don de Dios. El ofrecimiento de Dios se dirige a nuestra libertad y se sitúa en nuestra historia personal. El don gratuito de la fe no es selectivo por parte de Dios, es ofrecido a todos, si bien no todos, desde su libertad personal y las condiciones sociales, deciden creer.

26. El conocimiento de Dios, el encuentro personal con Él, es, sobre todo, fruto del Espíritu Santo. El Espíritu de Dios se hace presente en nuestro espíritu para iluminarnos, no coarta ni suprime nuestra libertad. Y no actúa normalmente de una forma sobrecogedora o con una luz deslumbrante y cegadora. La influencia del Espíritu es una iluminación que pone en marcha en nosotros motivaciones o despierta mecanismos psicológicos por los que percibimos de un modo nuevo lo que ya teníamos ante nuestros ojos sin darnos cuenta.

El encuentro de la fe necesita de la plegaria; debemos pedir el don de la fe. Como mejor se llega a conocer a Dios es situándonos confiadamente ante Él y pidiendo su ayuda. En el contacto con la Palabra de Dios podemos descubrir el sentido de nuestra vida y motivar nuestra voluntad para vivir según Dios. Incluso en los primeros pasos de la búsqueda es posible orar. Quien está abierto al encuentro de Dios y, en sinceridad consigo mismo, desea llegar a creer, puede hacer suya la oración de Charles de Foucauld, en su etapa de búsqueda: «Dios mío, si existes, haz que te conozca».

Todo el que quiere comunicar a otro la fe ha de confiar en la fuerza del Espíritu y pedir en la oración su ayuda. Cuando compartimos la oración con aquél a quien tratamos de acompañar, debemos ayudarle a invocar por sí mismo la asistencia del Espíritu Santo «que viene en ayuda de nuestra debilidad» (Rm 8,26).

Creer es compartir

27. El encuentro personal del creyente con Dios es la experiencia fundamental de la vida de fe. Ese encuentro requiere ciertamente momentos de cercanía e intimidad con Dios, pero no hace del creyente un ser aislado de los demás. La fe no se puede vivir en solitario.

Una fe auténtica, hecha vida, afecta a todas las dimensiones de la persona humana, también a su ser social. Quien experimenta a Dios como Padre reconoce, al mismo tiempo, a todos los hombres y mujeres como hermanos e hijos del mismo Dios. «Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos» (Ef 4,5-6).

La fe se recibe, se alimenta, se purifica, se prueba, se fortalece, se celebra y se comunica compartiéndola. En la familia, en la comunidad, en la Iglesia, mi fe es, a la vez, nuestra fe. Esto no significa que todos seamos iguales, ni tengamos las mismas experiencias o vivencias de la fe. Pero todos nos necesitamos para vivir la fe y nos ayudamos a crecer en ella. La fe, como el amor, es uno de esos bienes que aumentan cuando se comparten.

Ser creyente implica formar parte de una comunidad, compartir la fe con los demás creyentes en la Iglesia y asumir el compromiso de comunicarla a otros, invitándoles a participar del don más valioso que hemos recibido del mismo Dios.

Creer es comprometerse

28. La fe es, sobre todo, vida, y no un simple conocimiento, por lo que sólo podremos comprobar la verdad de la fe tratando de vivirla. Por ello, es preciso comprometerse. Decir «creo en Dios» significa que me comprometo a hacer de Dios una presencia que ocupe el centro de mi corazón en la vida de cada día con sus luces y sus sombras. Apoyado en Él, guiado por Él, comprometido con Él, voy verificando paso a paso, por mi propia experiencia, todo su valor y su verdad.

Para un creyente lo esencial no es lo que puede «decir» de su fe, sino lo que vive y experimenta interiormente, aunque tenga dificultades en expresarlo con palabras. Creer es experimentar personalmente una realidad que me supera y que además me llena plenamente porque me supera y me transforma. El compromiso libre ayuda a aclarar desde la experiencia vivida la verdad de la propia fe.

Desde la fe percibo que mientras no me comprometa con el Dios en el que creo, no comprenderé ninguna otra cosa acerca de mi propia vida. La prueba definitiva de la fe no es de carácter racional, sino existencial. La mejor manera de probar que creo en Dios, que lo acojo como centro de mi vida, es dejarme guiar por Él.

Creer es adorar

29. Creer es reconocer a Dios como el único absoluto. Ante Él todo lo demás que conocemos se vuelve «penúltimo» y relativo. Por Él todo llega a adquirir y tener un nuevo sentido. De ahí el carácter unificador y central que la fe tiene para el conjunto de la vida del creyente. Pero no son las ideas ni las normas religiosas las que se convierten en el centro de nuestra vida, es el mismo Dios al que aquéllas sólo sirven como cauce de relación o camino de acceso. La fe en Dios consiste en reconocerlo como eje y centro de toda mi existencia. Ésta es la forma esencial de adorar a Dios: vivir ante Él sin construir ni aceptar ningún ídolo.

Descubrir a Dios como el único absoluto me impulsa a consagrarle mi vida, como una ofrenda personal de lo que soy y lo que tengo, entregándome a Él por entero. Esto no constituye ninguna forma de alienación, pues mi vida centrada y apoyada en Él la experimento más libre y, al mismo tiempo, más segura. Desasido de la esclavitud de todo lo demás, soy más dueño de mí mismo. Me descubro más grande cuando me inclino en su presencia.

Este reconocimiento me anima a relacionarme más estrechamente con Dios en la oración. Busco la oportunidad de escuchar con atención su Palabra que ilumina mi vida, para ofrecer mi disponibilidad a sus proyectos. Procuro encontrar la paz en su presencia, reconocer con gratitud sus dones y celebrar con gozo su bondad. Brota en mi corazón la confianza y de mis labios la alabanza de su nombre. Me apoyo en Él en mis necesidades y debilidades, seguro de su misericordia y su perdón. Deseo darlo a conocer, invitar a mis hermanos a descubrir su grandeza, porque sé que no quedarán defraudados.

Creer es amar, servir

30. Quien conoce de verdad a Dios, el Dios de Jesucristo, ha conocido el amor «porque Dios es Amor» (1 Jn 4,8). Quien llega a conocer el amor de Dios responde

con amor, pero no sólo a Dios, sino también a los hermanos. De tal modo que la verdad de Dios se prueba por el amor a los hermanos, «no de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad» (1 Jn 3,18).

Un verdadero creyente no puede vivir su relación con Dios de forma individual, intimista o solitaria. Hacer de Dios el centro de nuestra vida nos exige vivir abiertos a los demás. Creer es relacionarse con los otros en actitud de servicio: solidarios en sus necesidades, cercanos a sus sufrimientos, unidos en sus gozos, disculpando las debilidades y perdonando las ofensas. Este amor de servicio no conoce límites de cercanía, afinidad o reciprocidad, porque «si amáis sólo a los que os aman, ¿qué mérito tenéis?» (Lc 6,32).

Una vida transformada por la fe y el amor de Dios se manifiesta al compartir con los demás todos los bienes, en especial el más valioso, la clave de la propia felicidad: la misma fe. La comunicación de los otros bienes será signo y camino para la transmisión de la propia fe. Creer es, pues, transmitir la fe.

II.- ¿QUÉ ES TRANSMITIR LA FE?

31. Nuestra tarea en la transmisión o comunicación de la fe a los demás consiste fundamentalmente en disponer favorablemente a los otros a acoger, desde su propia libertad, el don gratuito que Dios les ofrece. Es una tarea compleja de la que ahora tan sólo pretendemos destacar algunos elementos.

Transmitir la fe es ofrecer un testimonio cercano de vida creyente

La comunicación de la fe se da en distancias cortas, requiere presencia y cercanía. La proximidad consiste en compartir las situaciones de la vida. Estar afectado por las mismas condiciones o circunstancias en que transcurre la existencia cotidiana. En esa proximidad se descubre la fuerza del testimonio que ofrece quien actúa motivado por la fe. «Supongamos un cristiano o un grupo de cristianos que, dentro de la comunidad humana donde viven, manifiesten su capacidad de comprensión y de aceptación, su comunidad de vida y de destino con los demás, su solidaridad en los esfuerzos de todos en cuanto existe de noble y bueno. Supongamos además que irradian de manera sencilla y espontánea su fe en los valores que van más allá de los valores corrientes, y su esperanza en algo que no se ve ni osarían soñar. A través de este testimonio sin palabras, estos cristianos hacen plantearse a quienes contemplan su vida interrogantes irresistibles: ¿por qué son así?, ¿por qué viven de esa manera?, ¿qué es o quién es el que los inspira?, ¿por qué están con nosotros?... Surgirán otros interrogantes, más profundos y más comprometedores, provocados por este testimonio que comporta presencia, participación, solidaridad y que es un elemento esencial, en general el primero absolutamente en la evangelización. Todos los cristianos están llamados a este testimonio y, en este sentido, pueden ser verdaderos evangelizadores».⁸

El principal atractivo de un testimonio de vida creyente es percibir de manera espontánea la felicidad y la paz que llena a quien hace de la fe en el Dios de Jesucristo el centro de su vida y se compromete con sencillez en el servicio desinteresado

⁸ *Evangelii nuntiandi*, Exhortación apostólica de Pablo VI (8-XII-1975), n. 21.

do a los demás. Ese modo de vivir manifiesta de forma muy elocuente que es inseparable el amor a Dios a quien no se ve del amor a los hermanos a quienes se ve.

Transmitir la fe es provocar preguntas

32. Para disponer a la fe es necesario ayudar a cada uno a vivir su existencia con profundidad. Ayudarle a superar los límites de una vida de horizontes recortados a lo más inmediato. Invitarle a tomar conciencia de las grandes incógnitas del ser humano. Inquietarle por las cuestiones trascendentes. Quien vive instalado y satisfecho en la superficie de la vida nunca llegará a plantearse ni a descubrir el verdadero valor y sentido de la fe.

La inconsciencia y la superficialidad impiden muchas veces llegar a formularse las preguntas fundamentales sobre uno mismo y el valor y sentido de su propia existencia. «De hecho, la persona que no tiene valor para preguntarse de dónde viene y a dónde va, quién es y qué ha de hacer en la vida, termina distanciándose de Dios».⁹ Quien no se hace preguntas no necesita ni acoge respuestas. Sólo tiene sentido la respuesta de la fe para quien la busca con sus preguntas, aunque no acierte a formularlas adecuadamente.

Además de ofrecer un testimonio de vida que, como ya hemos recordado, puede llegar a suscitar profundos interrogantes, podemos interpelar a otros respetuosamente sobre sus propios motivos, actitudes y compromisos en la vida. Es una forma de ayudarles a abrir horizontes más amplios en los que situar la posible respuesta de la fe. Compartir con los demás las preguntas que nosotros mismos nos hacemos en la búsqueda de la fe puede motivar en ellos el interés por las mismas cuestiones.

En cualquier caso, al disponer a otro al encuentro de la fe, no se trata de formular preguntas retóricas ni cuestiones teóricas, sino de plantear aquello que vital y existencialmente nos afecta, nos inquieta y nos interesa.

Transmitir la fe es narrar la propia experiencia personal

33. «En el fondo, ¿hay otra forma de comunicar el Evangelio que no sea la de transmitir a otro la propia experiencia de fe?».¹⁰

Nuestro mejor servicio a la transmisión de la fe no consiste en ofrecer complejas reflexiones sobre los misterios de la religión, ni en ofrecer una exposición racional de los contenidos de la fe. Hemos de comunicar nuestra experiencia personal, como los discípulos de Emaús, que «contaron lo que les había sucedido por el camino» (Lc 24,35). Lo más valioso consiste precisamente en referir con sencillez las situaciones y experiencias de nuestra vida personal en las que hemos descubierto a Dios como alguien especialmente cercano. Y ese relato de nuestra experiencia lo ofrecemos con el lenguaje humilde de quien trata de compartir lo que ha vivido, pues sabemos que «el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan es porque dan testimonio».¹¹

⁹ *Al servicio de una fe más viva*, Carta Pastoral Cuaresma-Pascua 1997, n. 13.

¹⁰ *Evangelii nuntiandi*, Exhortación apostólica de Pablo VI (8-XII-1975), n. 46.

¹¹ *Evangelii nuntiandi*, Exhortación apostólica de Pablo VI (8-XII-1975), n. 41.

Narrar nuestra experiencia de Dios es manifestar cómo vivimos su presencia en nuestras alegrías o en las penas, cómo recurrimos a Él en nuestras necesidades, cómo confiamos y esperamos en Él en la dificultad, cómo buscamos su luz en la oscuridad, cómo encontramos su paz en la zozobra... En la vida cotidiana es donde mejor puedo experimentar y compartir con los demás que hay «Alguien», más allá de nosotros y mayor que nosotros, que nos llama a un encuentro con Él.

No podemos ni debemos ocultar nuestras limitaciones, dudas o vacilaciones e incoherencias, si queremos ofrecer a los demás un servicio sincero en su camino de fe. Reconocemos como el apóstol que llevamos un tesoro «en vasijas de barro» (2 Cor 4,7), y que en nuestras debilidades se manifiesta con más claridad la fuerza de Dios. La fe no nos hace perfectos, ni impecables, pero sí nos exige ser humildes y sinceros.

Transmitir la fe es dar a conocer el verdadero rostro de Dios

34. Si queremos ayudar a un encuentro personal con Dios hemos de presentarlo, darlo a conocer, ayudando a descubrir su verdadero rostro. Sólo una imagen auténtica y limpia de Dios lo hace atractivo e interesante. «En Jesús se nos ha revelado que el misterio último del mundo no lo hemos de buscar en la fuerza, el poder, el orden o la arbitrariedad, sino en el amor de un Padre. Ese Padre es el horizonte último desde el que hemos de comprendernos a nosotros mismos y hacia el que hemos de orientar nuestra existencia entera».¹²

No necesitamos buscar complicados retratos de Dios, fruto de la imaginación o la creatividad, nos basta con dar a conocer a Jesús como revelación del Padre. Él mismo nos asegura: «El que me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14,9). Juan Pablo II afirma que «los hombres de nuestro tiempo, quizás no siempre conscientemente, piden a los creyentes de hoy no sólo “hablar” de Cristo, sino en cierto modo hacérselo “ver”».¹³

En no pocos casos, es necesario deshacer falsas imágenes de Dios que nosotros mismos poseemos y que no hacen justicia al verdadero rostro de Dios. Algunos rechazan acercarse a un Dios al que sólo conocen de lejos, de oídas, pero que no les ofrece ningún interés y, en algunos casos, les repele. Hay que limpiar el auténtico rostro de Dios de maquillajes deformadores si estamos de verdad convencidos del atractivo de su verdad y belleza. Es muy importante «no hacer daño» a los demás, especialmente a los más sencillos, evitando ofrecerles imágenes falsas, parciales o interesadas, de Dios.

35. Nosotros conocemos y queremos transmitir el Dios que se nos ha revelado en Jesucristo resucitado. En él «Dios se nos revela no sólo como el Creador de la vida que está al inicio de todo dando origen a la existencia, sino también como el Salvador de la vida que nos espera al final, con fuerza para vencer al poder destructor de la muerte».¹⁴

En Jesús conocemos el rostro de Dios que nos atrae y llena nuestras vidas: «un Dios que sólo busca la salvación del ser humano; un Dios amigo de la vida; cer-

¹² *Creer en el Dios de Jesucristo*, Carta Pastoral Cuaresma-Pascua 1986, n. 39.

¹³ *Novo millennio ineunte*, Carta apostólica de Juan Pablo II (6-I-2001), n. 16.

¹⁴ *Creer hoy en el Dios de Jesucristo*, Carta Pastoral Cuaresma-Pascua 1986, n. 45.

cano a las necesidades más hondas del hombre; respetuoso de la libertad humana; un Dios Padre de todos los hombres y de todos los pueblos; un Dios de los pobres y abandonados; un Dios que quiere introducir en la historia un reinado de justicia, fraternidad y paz; un Dios crucificado por nuestra salvación; un Dios resucitador; un Dios misterio insondable de amor trinitario, en quien podemos poner nuestra última esperanza».¹⁵

Transmitir la fe es respetar la libertad

36. El hombre que se abre a Dios ha de ser libre y descubrirá más plenamente el sentido de su vida cuanto más receptivo sea a la «vida» radicalmente distinta del Dios que lo sostiene y lo trasciende. La fe es una aceptación personal de la Palabra ofrecida y escuchada, sin imposiciones. Sólo un hombre dotado de libertad puede acoger la Palabra libre de Dios que se revela. Puede haber una fe condicionada sociológicamente, por la cual aceptamos lo que se nos dice que hay que creer. Pero la fe propiamente se da en el fondo de las conciencias libres capaces de aceptar o rechazar la Palabra escuchada.

Es el mismo Dios quien busca al hombre y quiere ser encontrado y acogido libremente por Él. Es el mismo Dios –por la acción de su Espíritu– quien ofrece, como don y como gracia, la luz necesaria para descubrir en nuestra vida su presencia cercana. Es el mismo Dios «que hace salir el sol sobre buenos y malos y envía la lluvia sobre justos e injustos» (Mt 5,45) quien ofrece a todos ese don. Cada uno desde su propia libertad personal puede acogerlo o rechazarlo, aceptarlo o negarlo; lo importante es estar bien dispuesto para reconocerlo y «abrirle apenas venga y llame» (Lc 12,36).

Nuestro servicio a la fe sólo tiene valor en el respeto a libertad, la libertad de los otros y la libertad de Dios. Nuestro papel consiste en ofrecer una mediación para el encuentro entre dos personas libres. Nuestra tarea es disponer a la gracia, al don de Dios. Esa gracia es acogida más fácilmente por quien está acompañado en su búsqueda, por quien se siente llamado a través de las mediaciones de los demás, por quien es orientado al interpretar los signos de la presencia de Dios, por quien es ayudado en la resolución de sus dudas. En todo ello consiste nuestra tarea.

Transmitir la fe es presentarla como camino de salvación

37. La fe cristiana es fe en Cristo y fe también en el Dios que resucitó a Jesucristo. La fe establece una comunión de vida del creyente con Cristo y con el Dios de la resurrección y la vida. La fe suscita en nosotros una comunión de vida con Dios, una sincera aceptación de su presencia e intervención en nuestra vida, la gozosa sintonía entre Dios y el creyente.

Por todo esto, la fe se convierte en camino de salvación para el creyente. Dios quiere seriamente su salvación, nos da su Espíritu y nos invita a entrar en el abismo de su vida inmortal, santa y dichosa. Creer en Él es dejarle actuar en nosotros, aceptar sus dones, recibir ya desde ahora en el fondo de nuestro corazón la verdad de la vida eterna que se manifestará después de la muerte y llegará a su plenitud el día de la resurrección universal.

¹⁵ *Al servicio de una fe más viva*, Carta Pastoral Cuaresma-Pascua 1997, n. 54.

Transmitir la fe es invitar a esperar y aceptar la salvación que viene de Dios por medio de la fe «tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos» (Flp 3,11). La fe en Cristo nos hace ser con Él verdaderos hijos de Dios, y por ser hijos alcanzamos la posibilidad de heredar y recibir sus promesas de vida y de salvación. La fe en el Dios de Jesucristo abre las puertas de la salvación eterna.

Transmitir la fe es ayudar a dialogar

38. En toda relación de encuentro es imprescindible la comunicación, el diálogo, también en el encuentro con Dios. En ocasiones, incluso antes de producirse un encuentro, hay una llamada que lo provoca y lo prepara. Pero no siempre la comunicación se reduce a palabras, también se desarrolla por signos o se expresa con símbolos. En la comunicación con Dios, el diálogo se establece a través de la escucha de la Palabra y de la oración desde la vida.

Dios nos habla a través de los acontecimientos de la vida y por medio de quienes están a nuestro alrededor. En sus necesidades, en sus demandas, en sus preguntas, en su fuerza o su debilidad, hemos de identificar la llamada que Dios nos hace. La Palabra, especialmente a través de la Sagrada Escritura, nos ayuda a iluminar la vida para descubrir en ésta las llamadas y proyectos de Dios. Es una Palabra que requiere reflexión, no puede ser interpretada de forma superficial. Toda ella tiene unidad sin contradicciones, por lo que no puede utilizarse fragmentándola interesadamente. La tradición de la Iglesia nos ayuda a comprender su sentido más profundo. Pero cada uno de nosotros hemos de confrontarla con la vida para buscar en ella lo que Dios nos dice. Acompañar en la escucha atenta de la Palabra de Dios, que ilumina los acontecimientos de nuestra historia personal y social, es una forma de preparar el encuentro personal con Él, un modo de transmitir la fe.

Nuestra oración puede ser una llamada, una queja, una petición, un reconocimiento, una alabanza, una acogida, una escucha, una contemplación,... en cualquier caso, una forma de encuentro y diálogo con Dios. Ayudar a orar es acompañar en el camino de iniciación en la experiencia de Dios, de preparación al diálogo con Él. En los primeros pasos, la forma más sencilla de oración es la que algunos llaman «la oración del pobre», en la que invitamos al otro a repetir con sus labios y en su corazón las palabras que nosotros dirigimos a Dios en su presencia. El que empieza a orar y lo hace incluso desde la oscuridad o la duda, ya ofrece una apuesta inicial de confianza en aquél a quien busca y desea encontrar.

Transmitir la fe es proponer la fe de la Iglesia

39. Siendo la fe una opción libre y personal, sin embargo nadie la recibe, la comunica ni la vive de forma individual y aislado de los demás creyentes. La fe que recibimos, comunicamos y vivimos es la fe de la Iglesia, la que hemos recibido de nuestros mayores transmitida ininterrumpidamente desde los tiempos apostólicos. Esa fe la hacemos propia y personal cada uno de nosotros con ayuda de la Iglesia. Es la comunidad eclesial, depositaria de la fe, quien nos garantiza su autenticidad cristiana. La experiencia personal de fe de todos los creyentes enriquece la fe de la Iglesia, dándole vida, adaptándola a las diversas situaciones.

El credo de la Iglesia es una expresión de las ideas y los conocimientos, los conceptos y las visiones de la vida que subyacen a la espiritualidad cristiana a lo

largo de los siglos. Las ideas cambian en su forma de expresión y su finalidad de una época a otra, para adecuarse a los problemas y las culturas de cada tiempo o lugar, sí; pero su esencia persiste; hay un Dios creador y Padre, origen y destino último de la humanidad; Jesucristo es el Hijo de Dios, muerto y resucitado por nuestra salvación; el Espíritu Santo vive en cada uno de nosotros y anima la Iglesia, cuerpo visible de Cristo. La cuestión es si este contenido del credo tiene o no tiene sentido para nosotros aquí y ahora. Hemos de hacerlo algo nuestro, algo vivo y actual. Transmitir la fe es proponer lo nuclear del mensaje cristiano, el credo de la Iglesia, no como una fórmula, sino como un mensaje cargado de referencias y motivos para vivir de otra manera, desde una nueva perspectiva: la del mismo Dios.

Transmitir la fe es acompañar en la búsqueda

40. Nos toca vivir en una época de profundos cambios. Entre ellos, el paso de una sociedad donde todo parecía cooperar a la transmisión de la fe a otra donde se experimenta una crisis generalizada en su transmisión. En esta nueva situación, es necesario valorar todo lo que constituye una atención directa y personalizada a quienes sienten inquietudes, plantean cuestiones y se esfuerzan en la búsqueda de la fe. Hoy no son pocos los que se interesan por reencontrar una fe que han descuidado o perdido, o nunca han llegado a conocer. Nuestras comunidades se encuentran todavía bastante escasas de experiencias y espacios de acogida que ofrecerles.

Para poder ofrecer este servicio de acogida y acompañamiento, es fundamental desarrollar la empatía, saber ponerse en la piel del otro, situarse en su lugar para comprender desde dentro las dificultades que le impiden acceder a la fe y ayudarle a descubrirlas, precisamente para neutralizarlas o debilitarlas. Sólo así se puede llegar a comprenderle, y sólo desde la comprensión se puede ofrecerle una ayuda consistente. Este servicio se desarrolla, al menos inicialmente, desde la comunicación y el contacto personal, mejor que en los encuentros o reuniones de grupo. Pero la experiencia de un grupo será necesaria para vivir y expresar la dimensión comunitaria y eclesial de la fe.

41. El que vive sinceramente la fe, es probable que en muchas ocasiones haya experimentado las mismas dudas y turbaciones que otros viven a través de su búsqueda. Rememorar y compartir, con sencillez, cómo hemos vivido en nuestra propia carne las pruebas de la fe, puede constituir una valiosa ayuda en el itinerario de los demás. En bastantes casos lo importante, más que saber decir, es saber escuchar. Acoger sus problemas e inquietudes muchas veces requiere una paciente escucha acompañada de largos silencios.

Hay preguntas que no tienen respuesta, buscarla es perder el tiempo. Es necesario prestar atención a las cuestiones importantes sin perderse en las inútiles. «Acoged al que es débil en la fe, pero no para discutir con él» (Rm 14,1). Hay preguntas que sólo se responden con otras preguntas. En la experiencia de fe esto ocurre frecuentemente porque las preguntas que se plantean son sobre nuestra propia vida, y nadie desde fuera de ella puede darnos la respuesta.

Todo creyente consciente de sus limitaciones, cuando ve que no puede por sí mismo responder a las expectativas que surgen en otras personas en busca de la fe, tiene la responsabilidad de orientarlas hacia quien pueda ofrecer la ayuda adecuada. Al mismo tiempo, ha de procurar potenciar su capacitación como comunicador de la fe.

TERCERA PARTE

Corresponsables en la transmisión de la fe

42. Transmitir o comunicar la fe no es misión o tarea reservada a los pastores y catequistas de la comunidad cristiana. Es responsabilidad propia de todos los creyentes de cualquier edad y condición. Para quien de verdad ha llegado a descubrir con gozo el valor de su propia fe, ésta no resulta responsabilidad gravosa, no es una carga. Todo el que hace de la fe el eje y centro de su vida no puede menos de sentir el deseo de compartir con los demás, especialmente los más cercanos, aquello que reconoce como un verdadero tesoro. Cada uno de los creyentes estamos llamados a comunicar a otros la fe a través de todas las relaciones en que se desenvuelve nuestra vida cotidiana.

Todos somos corresponsables en la transmisión de la fe, aunque no todos estemos llamados a desarrollar las mismas tareas. Hoy muchos cristianos no tienen conciencia de esta responsabilidad o, si la tienen, se sienten incapaces de asumirla. Hemos de ayudarles primero a fortalecer y profundizar su fe para que puedan, a su vez, comunicarla a otros. Los laicos cristianos tienen un papel especial e insustituible en la comunicación de la fe en la familia y en los ambientes, con el apoyo de la comunidad cristiana y sus pastores.

I.- LA COMUNICACIÓN DE LA FE EN LA FAMILIA

43. La familia es para la gran mayoría de nosotros el ámbito en el que las complejas relaciones que establecemos en la vida cotidiana afectan a lo más profundo de nuestra persona porque tocan directamente lo más íntimo de nosotros mismos. Los valores más profundos y los bienes más valiosos los compartimos gratuitamente con los más próximos a nosotros mismos, en el marco de la vida familiar. Es ahí donde estamos llamados a compartir también el tesoro de nuestra fe, dentro del conjunto de relaciones que en ella desarrollamos a lo largo de las diversas etapas de la vida.

No debemos pensar que en relación con la transmisión de la fe en la familia todo se reduce a la tarea de desarrollar por los padres la educación cristiana de sus hijos. También debemos subrayar la extraordinaria importancia que tienen las relaciones de carácter horizontal, las de los esposos entre sí o las de los hermanos, en relación con la fe. Incluso no podemos ignorar el papel tan activo que los hijos, sean niños o jóvenes, pueden llegar a ejercer ante sus padres en cuestiones de fe.

El diálogo sobre la fe entre los esposos

44. La unión de los esposos es la relación personal más íntima y profunda que existe entre seres humanos. El matrimonio cristiano hace de esa realidad signo del amor de Dios. Hombre y mujer comprometidos en fidelidad mutua están llamados a compartir todos sus bienes, estableciendo entre ellos una comunicación sincera y profunda. Comparten ideas y sentimientos, proyectos y esperanzas, esfuerzos, alegrías y sufrimientos para llevar adelante un proyecto de vida en común.

Muchas veces, incluso entre esposos creyentes, no se llega a compartir en diálogo abierto y sincero la experiencia de la fe. Si la fe es auténtica, constituye un aliento vital inseparable de la vida cotidiana, de las opciones y compromisos que vamos asumiendo en ella, especialmente en las cuestiones de mayor proyección en nuestra vida, como son las que se comparten en la vida conyugal. Comunicar la fe entre los esposos no consiste esencialmente en razonar juntos sobre verdades o contenidos religiosos, sino más bien en manifestar con sencillez el uno al otro la fuerza o debilidad de las propias convicciones, en expresar sinceramente los sentimientos religiosos, en descubrir las dudas o seguridades como petición u oferta de ayuda, en buscar y acoger juntos la presencia de Dios en las realidades cotidianas de la vida compartida. En el contexto de la vida matrimonial, la fe personal de cada uno de los esposos se va transformando en una fe conyugalmente vivida y compartida, en crecimiento común. De esta experiencia brota la oportunidad y la necesidad de orar, celebrar, reflexionar y expresar juntos la fe.

Cuando en la vida de pareja sólo uno de sus miembros se siente guiado por la fe, no puede silenciar su condición de creyente en la vida común. Una relación respetuosa con las convicciones de ambos no puede ignorar la identidad más profunda de cada uno. Habrá ocasiones y situaciones en las que abiertamente se presente la oportunidad de dialogar y compartir mutuamente sobre los valores, las referencias, las creencias que alientan y orientan las actitudes y compromisos personales que afectan a las decisiones comunes. Una de las tareas permanentes de la vida matrimonial es procurar crecer en el conocimiento y comprensión mutuos, lo que no es posible sin llegar a compartir también las experiencias personales de la fe.

La educación en la fe de los hijos

45. Nosotros nacimos a la fe en el seno de una familia creyente. Al abrir los ojos a la vida, fuimos descubriendo en el amor y la ternura que recibimos de nuestros padres, especialmente de la madre, una imagen del amor de Dios Padre del que ellos mismos fueron los primeros en hablarnos. También en el hogar escuchamos por primera vez el nombre de Jesús, el Hijo de Dios, y nos ayudaron a dialogar con él en la oración. Nuestra familia nos acompañó a la Iglesia no sólo para pedir nuestro Bautismo, sino también para participar en la vida de la comunidad: en la celebración, en la catequesis y en los compromisos de la caridad cristiana. Sabemos que ese servicio familiar de nuestros mayores ha contribuido de modo especial al posterior desarrollo de nuestra personalidad de creyentes. El mismo Juan Pablo II, en su encuentro con los jóvenes el pasado verano, les dijo confidencialmente: «En mi familia aprendí a rezar y a fiarme de Dios».

Nuestros padres realizaron su tarea en medio de un ambiente social más favorable a la comunicación de la fe, pero, sobre todo, desde una convicción profunda y eficaz de su responsabilidad en esa tarea que muchas veces afrontaron con sencillez de recursos intelectuales y pedagógicos.

46. Hoy es más necesario que antes cuidar en las familias el despertar religioso de los hijos en sus primeros años y acompañar adecuadamente los pasos sucesivos en el crecimiento de la fe. Los padres cristianos son los primeros educadores de la fe de sus hijos. Las primeras experiencias de vida del niño con la protección y ayuda de sus padres deben ayudarle a situar en la visión del mundo, que va poco a poco descubriendo, la imagen de un Dios que trasciende y da sentido a todo lo existente. No es necesario dar complicadas explicaciones acerca de Dios, sino sencillamente dejar

ver el lugar singular que Él ocupa en nuestra vida cotidiana. Más que ideas o razonamientos, el niño asimila con naturalidad las actitudes y sentimientos religiosos que ve en sus padres. Después irá formulando sencillas preguntas que le ayuden a comprender y expresar mejor la vivencia religiosa que viene compartiendo en el seno de familia.

El padre y la madre, junto con otros miembros de la familia y en particular los abuelos, tienen la posibilidad de integrar con toda naturalidad la presencia de Dios en la imagen del mundo que el niño va paulatinamente configurando en su experiencia de la vida. Es necesario prestar atención y dedicar tiempo a la educación religiosa de los niños en la vida familiar, aunque no se haga de una manera formal. Muchas veces no es fácil separar espacios o momentos para la educación de la fe del niño en el seno del hogar. Pero, si al mismo tiempo que compartimos las situaciones y experiencias de la vida cotidiana expresamos espontáneamente las convicciones y motivos de fe que nos animan y manifestamos nuestras actitudes y sentimientos religiosos, se desarrolla de modo imperceptible una verdadera comunicación de la fe. Hay experiencias de especial intensidad en la vida de la familia, ocasiones de alegría o sufrimiento compartidos y profundos, que pueden ser momentos clave para hacer más explícita, pero con igual naturalidad, nuestra visión creyente de la vida.

47. Tiene un particular significado en el despertar religioso infantil la iniciación en la experiencia de oración. Hablar a Dios, o con Dios, es ponerse ante Él sabiéndolo presente aunque invisible en nuestra vida, es empezar a identificarlo como Alguien con quien es posible entablar una relación personal. Pedir su ayuda o darle gracias en las distintas situaciones es reconocerlo cercano y comprometido con nosotros sus hijos. Es muy importante orar junto a los niños con sencillez hablando con Dios desde las situaciones y necesidades de la vida de cada día. También debemos facilitarles el aprendizaje de algunas fórmulas de oración que podemos compartir en familia y que facilitan, por otra parte, la participación en la oración comunitaria de la Iglesia. «La oración de la familia prepara para la oración litúrgica. Es, además, en la participación de la oración y celebración litúrgicas de la comunidad cristiana donde la familia, pequeña “iglesia doméstica”, se puede sentir y manifestar mejor como parte viva de la gran comunidad cristiana que es la Iglesia».¹⁶

Del mismo modo, los padres, con su ejemplo y sus normas, van sembrando en la vida de sus hijos modelos y pautas de conducta. Se inicia, de esta forma, el desarrollo de la conciencia moral ayudando al niño a diferenciar lo que es valioso de lo que es rechazable e inadecuado. Ayudar a descubrir lo bueno que Dios quiere para nosotros y lo malo que debemos evitar, motivando adecuadamente su aplicación a la vida infantil, sin rigorismo ni permisividad, es una buena base en la educación moral de la vida cristiana.

Hoy en día muchos padres no encuentran el modo de transmitir con naturalidad la fe a sus hijos. En algunos casos, necesitan clarificar y purificar su propia experiencia creyente de dudas o incoherencias. En otras ocasiones, precisan ahondar en su propia vida de fe, pasando de unas ideas y conocimientos, o de unos sentimientos elementales y unas prácticas tradicionales, a una verdadera vivencia comprometida de la fe. Necesitan la ayuda de la comunidad eclesial para madurar como cristianos y poder asumir con garantías la responsabilidad de educar a sus hijos en la fe. Pero no pueden soslayar su función insustituible pensando que la catequesis o

¹⁶ *Redescubrir la familia*, Carta Pastoral Cuaresma-Pascua 1995, n. 96.

la enseñanza religiosa escolar pueden suplir por sí solas su inhibición en la educación cristiana de sus hijos.

Cuando los hijos crecen

48. El paso de la infancia a la adolescencia no viene marcado solamente por unos cambios físicos en el desarrollo, sino sobre todo por una búsqueda y afirmación de la propia identidad personal que se manifiesta especialmente en la reivindicación de unos espacios de libertad y en la progresiva maduración de una personalidad cada vez más autónoma. Tiene profundas repercusiones en las relaciones con los padres, en toda la educación y también en cuanto afecta a la comunicación familiar de la fe.

En los titubeos de la adolescencia permanece gran parte de lo adquirido en años anteriores, pero son frecuentes y a veces muy llamativos los signos de ruptura con la infancia que dejan atrás. Manifiestan en muchos aspectos su oposición a los mayores como un modo de autoafirmación personal, es una estrategia inconsciente de crecimiento. En este proceso, los padres han de mantener tan vivo el interés por sus hijos como activa su paciencia con ellos. Son observados atenta y silenciosamente, con sentido crítico, por unos adolescentes a los que han de ofrecer, sobre todo, comprensión y testimonio de coherencia con sus propias convicciones. No deben sustraerse nunca al diálogo, en ocasiones difícil, acogiendo sus interpelaciones y ofreciendo respuestas razonables. En actitud de ayuda y con suavidad, hay que hacer ver a los adolescentes sus propias limitaciones y contradicciones, anticipándose a reconocer también las de los adultos. Por encima de todo, es necesario confiar con amor y esperanza en que lo que honestamente se ha sembrado en ellos madure y fructifique.

49. La familia ha de saber mantener, con el vínculo del amor, la unidad que se debe seguir fortaleciendo a través de experiencias comunes y compartidas especialmente en ocasiones señaladas. Habrá que encontrar nuevas fórmulas de participación familiar y de expresión o comunicación también en la oración compartida. Será un momento adecuado para procurar que los hijos se integren en grupos y actividades juveniles –de parroquias, colegios o movimientos cristianos– en los que la referencia de sus iguales y el acompañamiento cercano de algunos adultos –laicos, religiosos o presbíteros– amplíen positivamente los modelos y pautas de conducta que se les han ofrecido en la familia.

Nunca termina el compromiso familiar en la transmisión de la fe. Cuando los hijos lleguen a la juventud y alcancen su emancipación, los lazos familiares irán adquiriendo nuevas formas y posibilidades de comunicación. Y cuando los más jóvenes lleguen a vivir las situaciones y compromisos de sus mayores recordarán sus propias experiencias para intentar asumir con acierto sus nuevas responsabilidades, también en relación con la fe. Tratarán de repetir los aciertos y enmendar los errores que descubrieron en sus mayores.

En nuestro tiempo y en una sociedad como la nuestra donde crece, entre los niños y adolescentes, la influencia «educativa» de otras instancias –especialmente de los medios de comunicación social–, los padres tienen derecho a esperar de la comunidad cristiana, una orientación y una ayuda concreta para el desarrollo de su función de transmisores de la fe. Las organizaciones y movimientos de pastoral fa-

miliar, además de las parroquias y colegios, son plataformas adecuadas para ofrecer este servicio de apoyo.

II.- TRANSMITIR LA FE EN LOS DIVERSOS AMBIENTES

50. Además de la vida de familia, todos participamos con mayor o menor intensidad de otras situaciones que nos relacionan con determinados ambientes. El ejercicio de la vida profesional o laboral, los compromisos ciudadanos y de vecindad, las inquietudes políticas y sociales, las actividades o aficiones en el tiempo libre,... son el origen de una relación frecuente y estable con muchas personas. En medio de esas relaciones, se llega a constituir un círculo de amistades más cercano con el que se comparten, y a veces se debaten, convicciones e ideas y experiencias de la vida cotidiana personal o social.

También en esos ambientes los creyentes estamos llamados a transmitir a los demás nuestra fe. No se trata de hacer proselitismo, de atraerlos hacia nosotros, sino de ofrecerles lo que consideramos puede ser valioso para ellos. Una vida llena de sentido desde la propia fe, en la que encuentra una fuente de felicidad y equilibrio personal, no puede ser reclusa en nuestro interior sin dejar que trascienda y se manifieste a los demás. Cuando acogemos responsablemente el don de la fe como regalo de Dios, descubrimos la necesidad de ayudar a otros a descubrirlo también. Desde nuestro propio itinerario y experiencia, tratamos de proponer a los demás el valor y sentido de nuestra fe con total respeto a su libertad.

El testimonio personal de vida

51. Como ya hemos señalado antes, sólo desde la cercanía de una vida comprometida en las mismas situaciones que los demás es posible ofrecerles un testimonio significativo. Por ello, la primera condición de un creyente responsable de su fe es vivir enraizado en la realidad de su ambiente y comprometido con ella sin evasiones ni ambigüedades. Desde ese compromiso, dejará traslucir los valores que le impulsan y motivan a través de sus actitudes personales, especialmente desde su solidaridad, espíritu de servicio, capacidad autocrítica, paciente esperanza, actitudes de concordia y respeto a la diferencia... Manifestará con los hechos, antes que con palabras, el atractivo y el valor radical de la razón que alienta y unifica su vida. Podrá llegar a despertar interés y suscitar preguntas acerca de aquello que le impulsa a vivir y ser feliz de esa manera.

Con todo, el testimonio no debe nunca confundirse con una especie de «exhibicionismo de la fe». Vivir como creyente no se hace intencionalmente para ofrecer testimonio, «para ser visto» por los demás. Se vive la fe con todas sus consecuencias y compromisos por fidelidad a Dios y porque de ese modo alcanzamos nuestra realización como personas y nuestra propia felicidad como creyentes. Esa felicidad y esa coherencia de vida no nos avergüenzan y las vivimos públicamente, sin rubor ni orgullo, con transparencia. Todo cristiano está llamado a no ocultar la luz de su testimonio «de modo que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre del cielo» (Mt 5,16).

52. A pesar de la diversidad de ambientes en que participamos unos cristianos y otros, cabe señalar algunas actitudes y compromisos comunes a los que no puede sustraerse ningún creyente en nuestra sociedad y nuestro tiempo. En medio de un contexto social donde prima la utilidad y la eficacia, es necesario apostar por la su-

premacía y dignidad de las personas, y rechazar cualquier instrumentalización, sea cual sea la causa que pretenda justificarla. La fe cristiana nos ofrece una perspectiva profundamente humanizadora; en el Evangelio de Jesucristo se nos revela el verdadero rostro del hombre.¹⁷

En medio de la llamada sociedad del bienestar, la existencia de grandes bolsas de pobreza y exclusión requieren a los cristianos el alinearse con Jesús, en un compromiso liberador, del lado de los más débiles y desfavorecidos. Los enfermos, los inmigrantes, los ancianos,... todos los que experimentan en su propia carne alguna forma de pobreza o marginación, han de ver hecha realidad, ya ahora, en la vida de los creyentes, la afirmación evangélica: «Los últimos serán los primeros».

Azotados duramente por la violencia terrorista que quiebra la vida social de nuestro pueblo, hemos de continuar incansables y activos en el compromiso por la defensa de la vida como derecho fundamental de toda persona, la libertad, la paz y la justicia. Desde nuestra propia identidad cristiana, con esperanza, y fieles a las exigencias del Evangelio de la paz, hemos de trabajar y orar por la pacificación y la reconciliación social.

Respetuosos con la diversidad de opciones políticas y sociales propias de una democracia en una sociedad pluralista, cada cristiano debe dar en sus compromisos testimonio de tolerancia y capacidad de diálogo en el servicio al bien común. En una sociedad y una cultura secularizada, la fe, más que en otros tiempos, ha de impulsar hoy el compromiso transformador de los creyentes y su participación en la vida pública. En una sociedad que tiende a la incomunicación y a la confrontación agresiva, debe apoyar el diálogo como camino de un justo y estable entendimiento colectivo.

Los movimientos apostólicos y las diversas asociaciones de laicos son los cauces eclesiales más apropiados para suscitar y acompañar en los creyentes su compromiso y presencia en los ambientes. En ellos puede encontrar la formación y metodología necesarias para actuar desde las motivaciones y la identidad cristianas. Nuestras Iglesias han de impulsar decididamente estas plataformas de evangelización tan necesarias para animar y sostener la presencia activa de los creyentes en los ambientes y en la vida pública.

Dar razón de nuestra esperanza

53. Las preguntas que despierta el testimonio comprometido de la fe en ocasiones llegan a expresarse como interpelaciones directas a quien las provoca con su modo de vivir. Entonces el creyente está llamado a manifestar sus motivos y razones para creer y para vivir. Es la ocasión de descubrir abiertamente a los demás nuestra perspectiva de la vida, dar a conocer lo que nos hace felices, responder con sencillez desde las convicciones profundas que inspiran nuestras opciones y compromisos. Es la mejor oportunidad de anunciar nuestra fe en el Dios de Jesucristo: «Sólo en Cristo resucitado descubrimos los cristianos de manera decisiva a ese Dios que san Pablo llama “el Dios de la esperanza”» (Rm 15,13). «Al conocer “la fuerza poderosa que Dios ha desplegado resucitándole de entre los muertos”, hemos podido conocer “cuál es la esperanza a la que hemos sido llamados por Él” (Ef 1,18-20)».¹⁸

¹⁷ *En busca del verdadero rostro del hombre*, Carta Pastoral Cuaresma-Pascua 1987.

¹⁸ *Creer hoy en el Dios de Jesucristo*, Carta Pastoral Cuaresma-Pascua 1986, n. 45.

Vivir de la fe no es tanto estar anclado en el pasado como afrontar con esperanza el presente, «la fe es seguridad de lo que se espera» (Hb 11,1). Esta comunicación se hace en diálogo sencillo y lenguaje llano, dando cuenta de nuestras propias experiencias y reflexiones personales. Transcurre en el contacto personal y directo, sin grandes discursos. «Siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza. Pero hacedlo con dulzura y respeto» (1 Pe 3,15).

54. En la vida de cada día, compartimos con los demás algunas experiencias especialmente significativas en relación con el sentido de la vida y con la perspectiva de la fe. Estrenar la experiencia de la paternidad y la maternidad, seguir las diferentes etapas del crecimiento de los hijos constituyen para los padres momentos especiales en los que se dilatan los espacios interiores y surge una sensibilidad más próxima a la pregunta por el sentido y la interpelación de la fe. Hay otras realidades como la enfermedad y el sufrimiento, la soledad y la experiencia de la muerte, que nos afectan sensiblemente. Cuando nos tocan de cerca, ponen al descubierto nuestros límites y hacen tambalearse nuestra forma de vivir inconsciente o rutinaria.

También el asumir nuevas responsabilidades personales o la aparición de situaciones nuevas o comprometidas, pueden inducir a reflexionar en profundidad sobre el sentido de la vida. La rebelión ante la injusticia y la mentira, la insatisfacción, son puertas abiertas a la reflexión en profundidad sobre nuestra situación. Cuando en estos casos se hace cercano alguien que desde la fe transmite esperanza, aporta luz, ofrece alternativas –no desde la teoría sino desde la experiencia de su propia vida–, pueden llegar a descubrirse razones y caminos para creer y esperar.

III.- LAS ACCIONES DE LA COMUNIDAD ECLESIAL

El anuncio misionero del Evangelio

55. Es toda la comunidad eclesial, la Iglesia, quien tiene la responsabilidad de hacer llegar a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, que participan de una cultura determinada, el Evangelio de Jesucristo como fuente y cimiento de la fe. Actualmente son muchos los bautizados que necesitan redescubrir el Evangelio con toda la fuerza que posee como auténtica Buena Nueva para sus vidas. Creen conocerlo, pero es «sólo de oídas». No han descubierto en él el anuncio de un Dios que nos llama a ser felices, más humanos y más libres, dueños de su propia vida en una perspectiva nueva, desde la experiencia de la fe. Otros muchos, cuyo número crece en nuestra sociedad en los últimos tiempos, no han llegado siquiera a recibir por vez primera el anuncio de Jesucristo.

Nuestras Iglesias particulares no están todavía suficientemente concienciadas y preparadas ante esta situación. Todos necesitamos descubrir la importancia del anuncio misionero de la fe en la acción evangelizadora de nuestras Iglesias. Es necesario tomar conciencia de que muchas de nuestras acciones y servicios pastorales requieren hoy situarse en una nueva perspectiva para responder adecuadamente a las necesidades de todos los que precisan dar un primer paso al encuentro de la fe o necesitan ayuda para reencontrarla de forma nueva, más vital y comprometida.

Todos los miembros de la comunidad han de contribuir a la fe en una auténtica acción misionera en su vida cotidiana a través del testimonio y la comunicación personal. En esta tarea, el compromiso activo de los laicos cristianos es insustituible. Todos ellos necesitan poseer una madurez como creyentes que la comunidad

cristiana ha de ayudarles a alcanzar. Precisan también el apoyo de la comunidad a la hora de ejercer esa responsabilidad en la familia, en los ambientes, en la vida pública o en la propia Iglesia.

Juan Pablo II dice: «Hemos de revivir en nosotros el sentimiento apremiante de Pablo, que exclamaba: “¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!” (1 Co 9,16). Esta pasión suscitará en la Iglesia una nueva acción misionera, que no podrá ser delegada a unos pocos .especialistas., sino que acabará por implicar la responsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios. Quien ha encontrado verdaderamente a Cristo no puede tenerlo sólo para sí, debe anunciarlo. Es necesario un nuevo impulso apostólico que sea vivido como compromiso cotidiano de las comunidades y de los grupos cristianos».¹⁹

La acogida y el acompañamiento de los que buscan la fe

56. Es preciso crear o impulsar en las comunidades cristianas espacios de acogida para ayudar y acompañar en su itinerario de búsqueda a quienes se interesan por la fe. Van siendo cada vez más los casos de personas que desde experiencias e inquietudes personales están en actitud de búsqueda, algunos después de un pasado inicialmente creyente y un posterior alejamiento de la vida y la comunidad cristiana. Desde actitudes de respeto y comprensión hemos de acoger sus planteamientos y preguntas, sus dudas y reservas. Se trata de una labor de atención individual y directa o, a lo sumo, de encuentros en pequeños grupos, pues requiere un acompañamiento personalizado. No existen programas preestablecidos; los temas y el ritmo vienen marcados en cada caso por el itinerario personal. Después de esta etapa, podrán llegar a incorporarse a algún proceso catequético de la comunidad, adecuado a su situación y necesidades.

Para hacer posible este servicio de acogida, son necesarios agentes pastorales específicos, debidamente cualificados. Se requieren hombres y mujeres poseedores de una experiencia viva de la fe; capaces de explicitar con claridad una síntesis de lo esencial de la fe cristiana; dotados de un talante personal sencillo y servicial para la comunicación; abiertos a la presencia y acción del Espíritu en el otro. Con flexibilidad para adaptarse al nivel humano, intelectual y espiritual de aquellos a quienes tratan de orientar y acompañar. Nuestros departamentos de Catequesis han de procurar motivar, formar y apoyar a estos creyentes en su servicio a la comunicación de la fe.

La evangelización de la cultura

57. «La ruptura entre Evangelio y cultura es, sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas».²⁰ Nuestras Iglesias particulares deben impulsar también manifestaciones de la fe cristiana en diversos ámbitos de especial relieve en el mundo de la cultura. Especialmente desde las universidades católicas, las facultades de Teología, los institutos diocesanos de Ciencias religiosas, de Pastoral o de Vida religiosa, es necesario promover diversas formas de encuentro y diálogo fe-cultura, en torno a cuestiones concretas de especial actualidad e interés. Tales espacios de diálogo ofrecen a personas alejadas, pero inquietas, una oportu-

¹⁹ *Novo millennio ineunte*, Carta apostólica de Juan Pablo II (6-I-2001), n. 40.

²⁰ *Evangelii nuntiandi*, Exhortación apostólica de Pablo VI (8-XII-1975), n. 20.

tunidad para purificar y enriquecer su imagen y su valoración de la fe cristiana y para descubrir con mayor claridad la inconsistencia de algunas de sus resistencias a creer.

La presencia del pensamiento cristiano en los medios de comunicación social de tan amplia difusión e influencia en la cultura de nuestro tiempo es también una forma valiosa de contribuir a la transmisión de la fe. No se trata tanto de la información sobre la vida y la actualidad de la Iglesia, cuanto de la comunicación de valores cristianos inherentes a las situaciones y realidades humanas más diversas. Los creyentes más preparados humana y científicamente en muchas cuestiones de actualidad y los profesionales cristianos que trabajan en estos medios, están llamados a contribuir de esta forma en la transmisión de la fe dentro de nuestra cultura.

La iniciación cristiana y la catequesis

58. «La iniciación cristiana se realiza mediante el conjunto de tres sacramentos: el Bautismo, que es el comienzo de la vida nueva; la Confirmación, que es su afianzamiento; y la Eucaristía, que alimenta al discípulo con el Cuerpo y la Sangre de Cristo para ser transformado en Él».²¹ Esta inserción en el misterio de Cristo va unida a un itinerario catequético que ayuda a crecer y madurar la vida de la fe. Pues «la catequesis es elemento fundamental de la iniciación cristiana y está estrechamente vinculada a los sacramentos de la iniciación».²² Mediante la catequesis, que precede, acompaña o sigue a la celebración de los sacramentos, el catequizando descubre a Dios y se entrega a Él; alcanza el conocimiento del misterio de la salvación, afianza su compromiso personal de respuesta a Dios y de cambio progresivo de mentalidad y de costumbres; fundamenta su fe acompañado por la comunidad eclesial.

En la situación actual, todo el proceso de iniciación cristiana exige una atenta reflexión sobre su significado y su forma de realización. Tal propósito desborda las intenciones y posibilidades de esta Carta Pastoral. Recientemente la Conferencia Episcopal ha presentado unas reflexiones y orientaciones²³ sobre ella. Algunas de nuestras Iglesias diocesanas tienen nuevos directorios pastorales. Todavía serán necesarios nuevos pasos de revisión y clarificación en el futuro.

La iniciación cristiana, tal y como se desarrolla entre nosotros en la mayoría de los casos, presenta múltiples lagunas y deficiencias. La dispersión a lo largo de amplias etapas de la vida de la celebración de los tres sacramentos de iniciación: Bautismo, Confirmación y Eucaristía, dificultan la unidad del proceso. La fragmentación del proceso catequético propio de la iniciación y su reducción en algunos casos a meras catequesis presacramentales, contribuyen a su desarticulación y empobrecimiento. Las connotaciones sociales que rodean la celebración de estos sacramentos desvirtúan con frecuencia su más profundo significado. El resultado es que muchos bautizados crecen sin alcanzar una mínima madurez personal de su fe, no llegan a adquirir siquiera la condición de verdaderos iniciados en la vida cristiana.

²¹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1275.

²² *Directorio General para la Catequesis*, Congregación para el Clero (1997), n. 66.

²³ Conferencia Episcopal Española. *La iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones*, Edice (Madrid 1998).

59. Tras la adhesión a la fe como respuesta al primer anuncio del Evangelio, la catequesis tiene por objeto ayudar a «madurar la fe inicial y educar al verdadero discípulo». ²⁴ En nuestra situación, la catequesis debe suplir con frecuencia la carencia, o la insuficiencia, de un anuncio misionero previo. Por ello se habla de una dimensión misionera de la catequesis, tanto en relación con los adultos como con jóvenes y niños.

La catequesis está llamada a desarrollar hoy en día en nuestras Iglesias particulares una función importante especialmente en el ámbito de los adultos. Gran parte de los bautizados tienen la necesidad de resituar su fe en el contexto de su vida personal y social. Necesitan redescubrir vitalmente su condición de creyentes con todas sus consecuencias. Tal vez muchos de ellos aprendieron un día las fórmulas y las normas de la fe, pero necesitan vivirla y experimentar el gozo del encuentro personal con el Dios vivo. Sin la ayuda de la catequesis no llegarán a estar sensibilizados ni capacitados para transmitir o comunicar a otros su fe.

En relación con la juventud, nuestras Iglesias particulares necesitan configurar un proceso específicamente catequético –del que todavía carecemos– que, junto a otras acciones de carácter misionero o pastoral, articule un itinerario completo al servicio de la fe de los jóvenes. «Se viene observando que las condiciones actuales hacen cada día más urgente la enseñanza catequética bajo la modalidad de un catecumenado para un gran número de jóvenes y adultos que, tocados por la gracia, descubren poco a poco la figura de Cristo y sienten la necesidad de entregarse a él». ²⁵

La catequesis de infancia debe procurar incorporar más activamente en su proceso la participación de la familia. Desde la comunidad cristiana, es especialmente necesario apoyar a los padres en la etapa previa del despertar religioso. Tal vez una de las nuevas necesidades sea precisamente la dedicación de algún agente catequético a orientar y apoyar a los padres en su tarea específica de acompañamiento a la catequesis de sus hijos en la comunidad. Por otra parte, es necesario llegar a desarrollar en su integridad las distintas etapas del proceso de catequesis de infancia, sin que la participación de los niños por primera vez en la Eucaristía se confunda con su meta ni se constituya en su punto final.

60. En cualquiera de sus formas, la catequesis tiene que acertar a transmitir una síntesis adecuada y actualizada del mensaje cristiano y, sobre todo, integrar la experiencia en el proceso de maduración y crecimiento cristiano; adaptar el lenguaje de la fe a la capacidad de comprensión y comunicación, e iniciar en el significado de las expresiones tradicionales y comunitarias de la Iglesia; ayudar al conocimiento y escucha de la Palabra de Dios, en la experiencia de oración personal y compartida y en la participación de la celebración litúrgica de la Eucaristía y los sacramentos; orientar y animar el progresivo compromiso de vida cristiana.

Para mejorar la calidad de la iniciación cristiana en su forma actual, es necesario resaltar la importancia fundamental del Bautismo en la vida cristiana y, en consecuencia, el compromiso de los padres en garantizar realmente una verdadera educación en la fe de sus hijos. Son cada vez más frecuentes los casos en que algunos niños piden el Bautismo a lo largo del proceso de catequesis infantil. En esas oportunidades, debiera procurarse una catequesis especial para esos niños y sus

²⁴ *Catechesi tradendae*, Exhortación apostólica de Juan Pablo II (16-X-1979), n. 19.

²⁵ *Evangelii nuntiandi*, Exhortación apostólica de Pablo VI (8-XII-1975), n. 44.

padres. También conviene desarrollar con especial atención y profundidad la etapa de iniciación previa a la Confirmación. En esa etapa, los jóvenes tienen ya cierta capacidad para integrar en su personalidad la opción creyente y asumir como iniciados los compromisos de la fe cristiana.

El número todavía modesto, pero creciente, de jóvenes y adultos que, motivados en contacto con su pareja o estimulados por un hijo que le cuestiona en la fe, se muestran dispuestos a un recorrido catecumenal con miras al sacramento de la Confirmación, está reclamando para ellos la elaboración de procesos temática y metodológicamente singulares. Existen experiencias, todavía recientes, que es preciso alentar, mejorar y extender.

Para iniciar de verdad en la vida cristiana a aquellos que no están bautizados, cuyo número puede aumentar en el futuro, puede ser muy conveniente recuperar en nuestras Iglesias particulares la institución del catecumenado, tal como indica el Concilio Vaticano II.²⁶

61. Los catequistas tienen, pues, confiada una tarea delicada e importante que afecta de modo directo a la calidad y coherencia de su vida como creyentes. Además del servicio de enseñar, deben ofrecer el testimonio de su propia vida de fe. Su misión consiste en saber llevar la vida a la catequesis, atendiendo las situaciones y circunstancias personales y grupales de aquellos a quienes ofrece su servicio en nombre de la comunidad cristiana. Debe ser capaz de integrar en su actividad la comunicación de conocimientos, el despertar de actitudes, la experiencia de oración y escucha de la Palabra, el desarrollo de compromisos de vida cristiana. Reconocemos con gratitud la extraordinaria entrega de miles de catequistas en las comunidades cristianas de nuestras Iglesias diocesanas. Dios les recompensará con una «medida generosa, colmada, remecida, rebosante» (Lc 6,38), como sólo Él sabe hacerlo.

Los secretariados y delegaciones de Catequesis de nuestras diócesis, especialmente en sus departamentos de infancia y adultos, han revisado el diseño de los procesos y están renovando los materiales adecuados para los mismos, teniendo en cuenta los rasgos de la actual situación. Contribuyen así de forma eficaz a mejorar la sensibilidad de todos los creyentes en su responsabilidad de transmitir la fe y facilitan, al mismo tiempo, esa comunicación a los demás. Reiteramos el encargo que les hacíamos en otra Carta Pastoral, en relación con la formación de los catequistas. «Ayudadles a tener una visión clara del anuncio cristiano en sus contenidos fundamentales (kerigma apostólico), enseñadles a captar los puntos de encuentro entre las necesidades del hombre moderno y las respuestas que se ofrecen desde la fe, iniciadlos en nuevos lenguajes para proponer fielmente el mensaje perenne de la fe de manera más comprensible y aceptable por los hombres y mujeres de hoy».²⁷

En el mundo de la enseñanza

62. Hemos evocado antes las dificultades de la transmisión de la fe en el ámbito escolar. Pero tales dificultades no anulan el valor de la clase de religión y la importante misión de sus profesores. En los centros educativos de enseñanza primaria y secundaria la Enseñanza Religiosa Escolar contribuye a que todos los que volunta-

²⁶ Cfr. *Sacrosanctum Concilium*, n. 64.

²⁷ *Evangelizar en tiempos de increencia*, Carta Pastoral Cuaresma-Pascua 1994, n. 93.

riamente optan por ella puedan llegar a adquirir una síntesis, adecuada a cada nivel, de los conocimientos fundamentales de la teología católica. Es una forma de integrar la religión en el conjunto de los saberes culturales y sociales de nuestro tiempo. A lo largo de diversos cursos, se da la posibilidad de conocer la Biblia, la historia de la Iglesia y la figura de los grandes testigos de la fe. También se facilita la comprensión del lenguaje y las diversas expresiones artísticas de la tradición cristiana. Se presentan también los valores cristianos, especialmente aquellos que tienen un mayor significado para el hombre y la cultura de nuestro tiempo. No equivale ni sustituye a la catequesis de la comunidad, sino que la complementa. Es de gran importancia para la difusión e integración de la cultura religiosa cristiana entre las ciencias humanas en el proceso educativo de niños, adolescentes y jóvenes.

La labor que los profesores específicos de Enseñanza Religiosa Escolar realizan con dedicación y entrega profesional contribuye de modo peculiar a la transmisión de la fe. El aula de religión, especialmente en la enseñanza secundaria, es el único lugar donde muchos adolescentes tienen la oportunidad de participar abiertamente en un diálogo sobre la fe. Una pedagogía activa y personalizada puede contribuir de forma muy positiva a motivar el interés por el hecho religioso en esos años difíciles de reestructuración y crecimiento personal.

63. Los centros educativos de inspiración cristiana extienden la referencia de la fe al conjunto de sus actividades. Con todo respeto a los programas oficiales, pueden incorporar particularmente al área de las ciencias humanas una más completa integración de la perspectiva cristiana. Tienen la oportunidad de desarrollar actividades educativas y celebrativas, además de las académicas, que contribuyan a una vivencia más plena de la fe en distintas manifestaciones de la vida cultural.

Esos centros deben afrontar hoy el reto de integrar más activamente la responsabilidad de los padres en la comunidad educativa de la que forman parte junto a los alumnos, sus profesores y los titulares del centro. Por otra parte, pueden ayudar a los padres a mejorar la relación educativa con sus hijos, también en la comunicación de la fe, mediante diversos servicios que constituyen una verdadera «escuela de padres».

64. La religión está presente en la universidad como parte integrante, naturalmente optativa, de las enseñanzas de las Escuelas del Profesorado. Tiene una gran importancia esta presencia ya que se convierte en requisito necesario y cauce de formación para aquellos que más tarde impartirán esta enseñanza en los centros de primaria y alguna etapa de secundaria.

Las delegaciones diocesanas de Pastoral universitaria con la participación de estudiantes y profesores, promueven en el ámbito de los distintos Campus iniciativas de presencia y compromiso evangelizador en ese ambiente. Nuestras diócesis están llamadas a desarrollar en este gran mundo de la universidad una actividad más intensa, más atinada y mejor concertada. Las universidades de la Iglesia deben colaborar con las diócesis en la elaboración de los programas de acción, en la preparación de los agentes y en la prestación de locales y medios.

La pastoral de juventud

65. En relación con la transmisión de la fe hoy tiene una importancia especial la pastoral de juventud. Ya hemos apuntado la necesidad de un proceso específico de

catequesis para los jóvenes, pero éste ha de ir precedido y acompañado de otras acciones misioneras y pastorales con la juventud. Para llegar a una gran parte de los jóvenes que se encuentran alejados de la vida de la comunidad eclesial, será necesario impulsar una verdadera acción misionera en la que los jóvenes creyentes han de asumir una responsabilidad y un protagonismo especiales. Nadie como ellos mismos podrá ofrecer un testimonio vivo del significado que el Evangelio tiene para la sensibilidad, las inquietudes y los problemas de la juventud actual.

También entre los jóvenes existen personas y grupos interesados por la fe cristiana. Buscan con sentido crítico una vivencia de la fe más auténtica y comprometida, son exigentes y desprendidos para ser fieles al modelo que han encontrado en Jesús. Intentan proyectar el Evangelio, aun en medio de las contradicciones de su existencia cotidiana, sobre las situaciones sociales de injusticia y exclusión que van descubriendo. Observan y critican con agudeza la falta de coherencia en la vida de muchos cristianos. Valoran los grupos donde compartir sus inquietudes y experiencias, y piden a la Iglesia un espacio en el que puedan ser activos protagonistas. Buscan oportunidades de realizar su compromiso cristiano, principalmente en ayuda de los más desfavorecidos. Algunos son especialmente sensibles a la situación generalizada de indiferencia religiosa que perciben en sus ambientes y tratan de dar en ellos testimonio de la fe que alienta sus vidas.

Los rasgos propios de la juventud, su radicalidad, su inconformismo, su idealismo nos animan a presentar con valentía la atractiva figura de Jesús y proponer con decisión las exigencias de los valores del Evangelio. El Papa Juan Pablo II ha escrito recientemente: «La propuesta de Cristo se ha de hacer a todos con confianza. Se ha de dirigir a los adultos, a las familias, a los jóvenes, a los niños, sin esconder nunca las exigencias más radicales del mensaje evangélico, atendiendo a las exigencias de cada uno, por lo que se refiere a la sensibilidad y al lenguaje, según el ejemplo de Pablo cuando decía: “Me he hecho todo a todos para salvar a toda costa a algunos” (1 Co 9,22). Al recomendar todo esto, pienso en particular en la pastoral juvenil».²⁸

66. Hemos de procurar ofrecer a los jóvenes el conocimiento y, en la medida de lo posible, el contacto personal con testigos de la fe que puedan ser atrayentes por su compromiso de vida al servicio de los demás. Necesitados de modelos concretos de referencia pueden descubrir en ellos el atractivo de una fe vivida con intensidad.

No podemos tampoco ignorar que los jóvenes más que teorías o conocimientos buscan experiencias de vida, necesitan actuar. Es preciso facilitarles la oportunidad de comprometerse desde la fe en iniciativas concretas de servicio a los demás, especialmente a los más débiles.

Hemos de favorecer la creación y animación de grupos donde los jóvenes puedan compartir entre ellos sus experiencias de vida cristiana. Y, al mismo tiempo, hemos de trabajar por la incorporación de esos grupos a la comunidad cristiana más amplia en la que distintas generaciones de creyentes se apoyan y se interpelan mutuamente. Los grupos de jóvenes deben participar activamente en la necesaria renovación de nuestras comunidades cristianas. «Pero, además, es necesario que los jóvenes, bien formados en la fe y arraigados en la oración, se conviertan cada vez más en los apóstoles de la juventud».²⁹

²⁸ *Novo millennio ineunte*, Carta apostólica de Juan Pablo II (6-I-2001), n. 40.

²⁹ *Evangelii nuntiandi*, Exhortación apostólica de Pablo VI (8-XII-1975), n. 72.

De todas estas situaciones saben mucho los que con tanta entrega e ilusión acompañan y animan la pastoral juvenil en parroquias, centros educativos, asociaciones y movimientos. Ellos experimentan mejor que nadie, de forma directa, las dificultades y las satisfacciones de iniciar y acompañar en la fe a los jóvenes de hoy.

67. Entre las debilidades de la fe juvenil que hemos de subsanar figura, en primer lugar, el déficit de experiencia orante. Iniciar a los jóvenes de manera intensa, sistemática y pedagógica a la oración individual y comunitaria resulta capital para su fe. Es preciso ayudarles a pasar de la relación intimista con un Dios que acaricia su sensibilidad, a la relación estimuladora con un Dios que interpela su vida entera y motiva su compromiso.

El acompañamiento personal de la vida creyente de nuestros jóvenes por parte de personas adultas en su fe constituye otra práctica pastoral necesitada de un notable refuerzo. Este importante servicio pastoral ayuda sobremanera a personalizar la fe y a ponerla a la escucha y búsqueda del proyecto singular que Dios alberga sobre la vida de cada uno de los jóvenes. En otras palabras: fortalece el sentido vocacional de la vida cristiana.

Bastantes grupos juveniles carecen de ideario concreto y de proyecto formativo elaborado y están compuestos por muchachos de una identidad cristiana muy débil y muy confusa. A pesar de las naturales dubitaciones y oscilaciones de los jóvenes, nuestros grupos juveniles no pueden ser colectivos de imprecisos y de indecisos que recorren caminos improvisados que no conduzcan a una fe más sólida. Con tales debilidades, no es extraño que muchos de ellos tengan una existencia lánguida y precaria. Si queremos consolidarlos, requerirán metas y caminos más elaborados.

Un grupo juvenil cristiano no puede pertenecerse sólo a sí mismo y, de manera vaga, a Jesús y a la comunidad. El sentido de pertenencia es componente importante del sentido de identidad. Nadie sabe quién es mientras no ha descubierto a quién y a qué pertenece. Alimentar esas pertenencias básicas es vital. Pertenecer a una constelación de grupos juveniles con idéntico estilo y a la comunidad mayor de la parroquia, de la diócesis y de la Iglesia universal equivale a consolidar la estabilidad y mejorar la calidad cristiana de nuestros grupos de jóvenes. El aglutinante interno de un grupo cristiano no puede ser la «necesidad de estar juntos». Un grupo juvenil no es un cenáculo de intimismo; necesita aglutinarse en torno a un proyecto compartido.

El cultivo de todos estos valores fundamentales confiere a los grupos una «mística» determinada que se traduce en una adhesión entusiasta a los mismos y en una alta valoración de lo que en ellos se vive, se recibe y se comparte. Un grupo así no es un «residuo» donde se cobijan jóvenes marginales, sino un «resto» lleno de vigor que ofrece sin orgullo ni complejos la fe que comparten.

Esta «mística», cuando es sana, les hace sentirse diferentes, pero no separados de la generación juvenil a la que pertenecen. No les confiere una conciencia de «puros» ni de «selectos», pero sí la convicción gozosa de haber recibido algo valioso que otros compañeros no han recibido y la clara persuasión de que, al tiempo que comparten con sus colegas determinadas sensibilidades y valores, disienten de ellos en otros abiertamente contrarios al Evangelio. La comunión real con su generación no diluye la contradicción con respecto a sus debilidades.

La misión «mística» los conduce, en fin, a encontrarse con jóvenes cristianos de otras regiones, países y continentes, en un clima orante, festivo y comprometido. Para jóvenes afectados frecuentemente por la sensación de pertenecer a un grupo decadente y poco relevante en el medio juvenil ordinario, estos encuentros les comunican intuitivamente la experiencia de pertenecer a una gran comunidad que viene de lejos, vive en todas partes y mira de frente al futuro. No debemos encandilar a nuestros jóvenes con estos baños multitudinarios. Pero sí hemos de sanar también por medio de ellos esa sensación de insignificancia y de horizonte oscuro. Un joven se embarca en comunidades con futuro.

Una celebración renovada de la fe

68. La fe se fortalece por medio de la celebración cristiana y especialmente en la Eucaristía. En ella se hace más intensa y perceptible la misteriosa relación que nos vincula tan estrechamente con Dios Padre por medio de Jesucristo y con los hermanos. En ella se renueva el don del Espíritu que viene en nuestra ayuda. «Esa celebración de la Eucaristía, si es confesión gozosa de la fe en el Resucitado y se cuida la escucha viva de la Palabra, la comunión con Cristo, la profesión responsable del credo, la invocación sincera a Dios, la asamblea fraterna, se convierte en la experiencia religiosa más fundamental de la parroquia, que va creando poco a poco un estilo de comunidad más consciente de su fe, más gozosa y más capaz de testimonio evangelizador».³⁰

Una auténtica celebración de la fe nunca puede convertirse en refugio o huida ante los retos y dificultades de la vida cotidiana. Es precisamente nuestra propia vida la que ha de servir de plataforma de encuentro con Dios y los hermanos en la fe. Nuestras celebraciones litúrgicas necesitan hoy incorporar más activamente las realidades de la vida de cuantos toman parte en ellas. Sólo de este modo la experiencia de encuentro con Dios podrá resultar significativa para una fe constituida en eje y centro de toda nuestra existencia.

69. Para acercar la celebración a la vida es de gran ayuda impulsar la participación activa de todos en su preparación y realización. También es oportuno utilizar un lenguaje, tanto verbal como simbólico, digno a la vez que comprensible y significativo. Han de cuidarse además todos los elementos y condiciones que faciliten un verdadero encuentro personal, con Dios y entre los hermanos.

Para una mejor participación en las celebraciones de la comunidad es fundamental la iniciación en la experiencia de oración personal y comunitaria. «Sí, queridos hermanos y hermanas, nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser auténticas “escuelas de oración”, donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afecto hasta el “arrebato del corazón”. Una oración intensa, pues, que, sin embargo, no aparta del compromiso en la historia: abriendo el corazón al amor de Dios, lo abre también al amor de los hermanos, y nos hace capaces de construir la historia según el designio de Dios».³¹

³⁰ *Evangelizar en tiempos de increencia*, Carta Pastoral Cuaresma-Pascua 1994, n. 96.

³¹ *Novo millennio ineunte*, Carta apostólica de Juan Pablo II (6-I-2001), n. 33.

CONCLUSIÓN

70. Que la próxima celebración de la muerte y resurrección de Cristo reavive nuestra fe en Dios, nuestro Salvador, y nos ayude a comunicarla a nuestros contemporáneos.

Os hemos dirigido estas palabras convencidos de que la fe en Jesucristo que nosotros hemos alcanzado por la gracia de Dios es una luz destinada a todos los hombres y mujeres de nuestro tiempo y que nuestra misión es disponerlos a su encuentro.

Somos conscientes de la gran tarea que Dios nos ha confiado al enriquecernos con el don de la fe. Nos encarga abrir los surcos y preparar una tierra bien dispuesta donde pueda germinar y dar fruto abundante la semilla de la fe. Sabemos que a nosotros nos toca sembrar y regar y que sólo el mismo Dios es quien hace crecer.

María, la madre de Jesús, que sembró en el mundo la Palabra hecha carne, nos acompañe y ayude a darlo a conocer a los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Y que el Dios de la esperanza llene de alegría y paz vuestra fe.

Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria

11 de marzo de 2001

Segundo domingo de Cuaresma

+ **Fernando**, Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela
+ **Juan María**, Obispo de San Sebastián
+ **Ricardo**, Obispo de Bilbao
+ **Miguel**, Obispo de Vitoria
+ **Carmelo**, Obispo Auxiliar de Bilbao